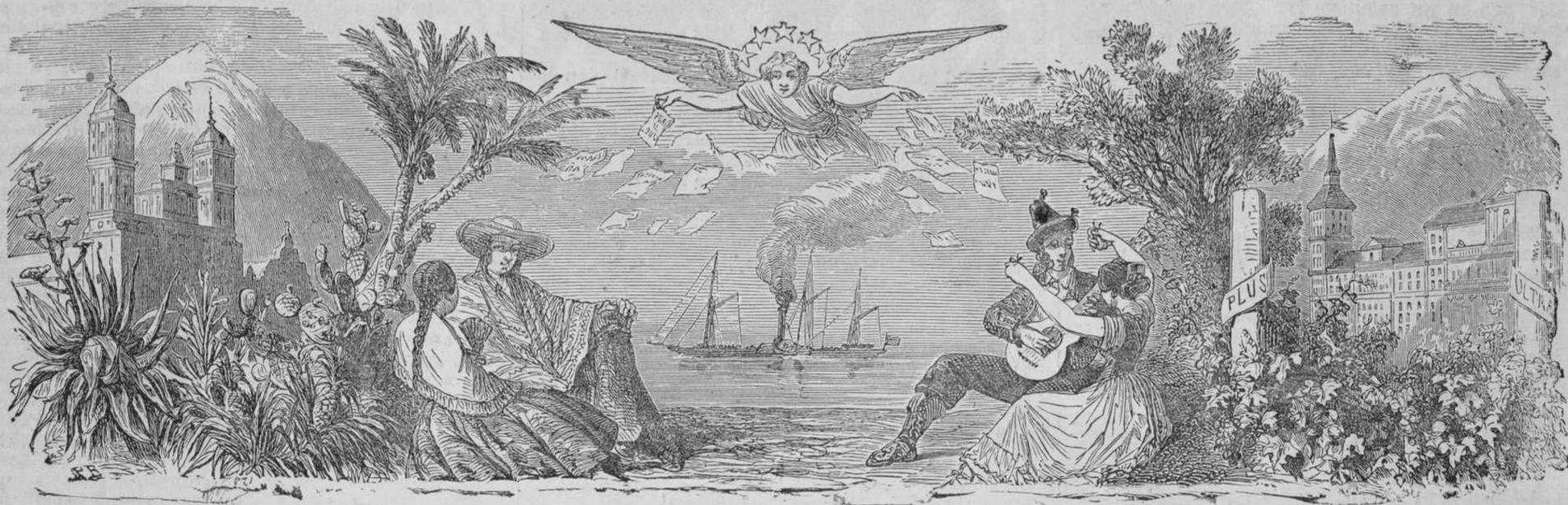


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 17. — Nº 277.

SUMARIO.

—
La isla de Oro en la China; grabado. — **Revista española.**
— **La modestia. — China;** grabados. — **Revista de Paris.**
— **Jefé. — Costumbres americanas;** grabados. — **Santiago.** — **Curiosidades inglesas;** grabados. — **Un irlandés. — Filosofía. — Los pescadores de Dunkerque;** grabados.

Revista Española.

Marzo es el mes de la penitencia y de los ayunos, el mes ocupado por la triste cuaresma, que envuelve á los mortales entre montones de verduras y fardos de bacalao, que son las provisiones culinarias que deleitan el paladar en época semejante. Pero en marzo asoma tambien las narices la señorita Primavera, doncella que alfombra los campos de pintadas flores, y haciendo hervir la sangre proporciona á los médicos motivos de lucirse y á los sepultureros trabajo y alegría. — Preparanse los

árboles á recibir dignamente á tan risueña jóven, y cúbranse de verruguillas por todas sus coyunturas, que no son otra cosa que hojas dobladas conforme el tiempo las trae en su maleta, mientras infinitas orquestas de inocentes pajarillos celebran con gozosas canciones la llegada del buen tiempo.

Pero no solamente los mortales y las plantas cobran nueva vida en la primera estación del año; tambien el sol y los céfiros se vuelven juguetones mientras ella reina. Ved cómo se presenta hoy Febo á dar luz al mundo: vestido con la bata de nubes que usa en noviembre, y derramando sobre la tierra cuantas vasijas



La isla de Oro (Kin-Chan) y la ciudad fuerte de Kua-Tchen, tomada á los insurrectos por los imperiales. — (Véase el artículo en la página 259 y siguiente.)

de agua encuentra por las alturas celestiales: ayer ¿no recordais de qué modo soplaban el aquilón, y cómo los céfiros y las auras, armados de fueles, aquí arrancaban un sombrero, allí una peluca, a a se llevaban en volandas un tubo de chimenea, acullá levantando con sus invisibles dedos las faldas de una bella dejaban en pública exhibición sus pantorrillas? Pues la primavera suele tener estas gracias; con ellas dorna las horas de marzo, abril y mayo y va preparándonos á los grandes calores del estío, que por ahora están gracias á Dios bastante lejos.

Es además notable el mes de marzo en la capital de España por traer entre sus santos á san José. ¿Quién sería capaz de hacer una lista de los *pepes* y *pepas* que habitan en Madrid? Por eso el 19 es día de verdadera fiesta nacional, y con toda gala; por eso aquella mañana se ponen por las nubes las provisiones culinarias, y por eso la noche anterior resuenan las calles con los chillones acentos de las músicas que van elicitando de puerta en puerta á los *Josés*, músicas á las cuales, para que lo sepan mis lectores de Ultramar, se les da el nombre de *Murgas*, no sé por qué causa, aunque me figuro no será por lo buenas.

Es pues una ganza el ser tocayo del que firma este artículo, y ver con cuánta solemnidad celebran mis días y los tuyos y los del otro toda una población que probablemente no nos conocerá ni sabe que existimos. Desde las primeras horas de la mañana públanse las calles el 19 de mozos que llevan en equilibrio en ambas manos fuentes de natillas, que forman olas en sus continentes amenazando á cada paso bajar hasta la tierra á modo de cascada; otros mecán de igual suerte allí unas pirámides de huevos hilados, y otros reparten á cientos embajadores de cartulinas ó sea tarjetas de visita.

Mas tarde empiezan á correr casas ciertos individuos que, fieles conservadores de las antiguas tradiciones, necesitan recordar en persona su afecto á los amigos. Corren pues por todas partes los humildes y ruinosos cochecillos de alquiler, y la población entera rezoza y ríe y olvida sus pesares.

Pues qué, dirán mis lectores ¿tantos *Josés* hay en Madrid efectivamente? ¿Qué si hay! vayan Vds. contando los que yo conozco. El jefe de la oficina donde pierdo por desgracia seis horas diarias, se llama José: José mi casero; el vecino del cuarto principal y la vecina del tercero y su hija y su hermana *Pepes* y *Pepas*; veinte y cinco amigos y treinta y siete conocidos míos responden á igual nombre; el zapatero que trabaja en el portal de mi casa se titula señor José, la lavandera, el sastre y el sombrerero, y hasta el aguador son tocayos de estos; y todavía se me olvida mucha gente.

Con la entrada de la primavera los teatros se han puesto también bulliciosos y rezozones: comedias viejas, comedias nuevas, beneficios, despedidas del señor Fulano y la señora Mengana: de todo hemos visto durante el mes de marzo. Rompió la marcha en lo relativo á estrenos el Circo con un nuevo drama del señor Serra titulado *el Reló de San Plácido*. Fúndase en cierta leyenda ó tradición mas agradable que verdadera y aumenta un episodio de amores á la vida de Felipe IV, ese pobre rey, que si por milagro sacase la cabeza del sepulcro, se moriría de pena nuevamente al ver los escudrones de hijos que le han colgado los pechos, y la multitud de infamaciones del sexto mandamiento que se le atribuyen. Refiere pues la tradición, objeto del drama, que el galanteador soberano andaba enamorado de una monja de San Plácido, y que habiendo conseguido entrar de noche en el convento, la encontró tendida en el ataúd con todo el aparato que rodea siempre á los que se hallan en tal caso. Entonces el rey convencido de la fragilidad de las glorias y la belleza, dispuso que se colocase en la torre del edificio un reló, cuya campana imitando cada vez que da la hora el toque de difuntos, le recordara continuamente aquella terrible lección. Señaló de que S. M. pensaba continuar frecuentando aquel paraje, ó de que deseaba que el tal recuerdo fuese mas para otros que para sí mismo, por que la Iglesia en cuestión está á una razonable distancia de su palacio. Además de esto, es muy creíble que el regio galanteador tuviese gusto en que se hiciera pública una aventura que le honraba tanto, á fin de que viviesen prevenidos los padres y las superiores de comunidades religiosas conociendo sus filantrópicos sentimientos.

La verdad es sin embargo que el convento de San Plácido fundado por don Gerónimo de Villanueva, protonotario de Aragon, del consejo de Guerra é Indias y secretario de Estado, dió no poco que hablar en aquellos tiempos. Acerca del mismo cuenta el señor Fernandez Guerra (don Aureliano), en una de las notas de su preciosa edición de las obras de Quevedo, que se fundó de resultas de haber decidido al protonotario su novia doña Teresa Valle de la Cerda á desistir de la boda en los instantes de entregarle su mano, y á fundar con la hacienda de ambos un monasterio de benitas. Pusóse la primera piedra á 21 de noviembre de 1623, y en mayo siguiente ocupó el edificio la comunidad. Doña Teresa fué elegida priora, y en setiembre de 1624 empezando por una monja y acabando por veinte y cinco de treinta que eran, que jaronse de estar poseídas por el espíritu infernal. La iniquidad tuvo cartas en el asunto, cerró en la cárcel de Toledo á doña Teresa y al vicario, impusoles severos castigos en 1630, y reconcilió al fin la inocencia de esta señora en 2 de octubre de 1638.

Después de estos sucesos ¿cô no extrañar que la maledicencia atribuyese al rey una participación en ellos para hacerlos mas interesantes y mas dramáticos? El vulgo, siempre amante de lo maravilloso, vió un reló

que imitaba el toque de difuntos al dar las horas, bien fuese porque al rey le dió la humorada de ponerle este mecanismo, bien porque Villanueva (que habitaba en la casa inmediata y hacia frecuentes visitas á las monjas acompañado del conde duque de Olivares) quisiera tener presente á cada hora el recuerdo de su amada, muerta para él, el vulgo, repito, vió aquella rareza y forjó un cuento poético con puntos y ribetes de moral como todas las tradiciones, cuento que vivirá tanto tiempo como las lúgubres campanas que le dieron origen.

Sobre tal base ha colocado el señor Serra el plan de su drama; pero como esto no era bastante para una acción teatral, ha sacado á plaza nuevos personajes, y ha creado situaciones y episodios de pura fantasía. Hé aquí el argumento de la obra: Doña Ana era una doncella que estaba para casarse, y que habia sido educada en San Plácido; enamoróse el rey de ella, ronda la calle, y sorprendido por el padre una noche, después de ser reconocido por el anciano, impone á este el castigo de abrirle á cierta hora la puerta de su casa. El padre (don Juan) ha tenido tiempo de sobra entre el acto primero y el segundo de escapar con su hija, de mudar de habitación, de ponerse en salvo por cualquier medio; sin embargo no hace nada, sino lamentarse y participar á su hija que el galán es el monarca, añadiendo que se matará si la ve deshonrada; doña Ana entonces exclama que ella es quien debe morir para poner término á tan duro trance.

DOÑA ANA.

¿Le amo!... ¿me escuchas? ¿le amo!
¿Qué hace en el cinto esa daga?

DON JUAN.

¿Hija!... hija mía!

DOÑA ANA.

No eres

Mi padre si no me matas.

Resítese justamente don Juan á semejante atrocidad, pero llegado el momento crítico, Ana presenta su pecho:

¿Mi honra en nombre de mi madre!

Y el padre hunde su daga en el seno de la jóven, diciendo al rey que llega á la sazón:

Señor, yo cumplí:
Abro yo mismo la puerta,
Y Ana os aguarda allí.

REY.

¿Muerta!

DON JUAN.

¿Pues qué pensábais de mí?
Dar su sangre al rey, es ley
Natural de la hidalguía:
Como ella era sangre mía
La he vertido por el rey.

Pero Ana no muere, y llevada al convento nuevamente presentase en otra ocasión á S. M., y entregándole un memorial en que las monjas piden un reló para la torre, le hace creer de paso que ella no vive ni ha vivido nunca, cosa que debió ser algo dura de tragar para el soberano.

REY.

Mas no... no... tu vida es cierta...
Todo fué un sueño, ¿Dios mío!

(Al tomarla la mano.)

Este frio... ¿este es el frio
De la muerte!...

ANA.

¿Si, estoy muerta!

REY.

Muerta... ¿y hablándome estás?
Mas yo... cadáver te he visto...
¿Y ahora existes?

ANA.

Yo no existo,
Yo no he existido jamás.

REY.

No existes, ¿y yo te amé?

ANA.

Para tu amor existí,
Que tu amor germinó en mí
En el cielo que dejé.

Después de este diálogo huye doña Ana, y el rey, queriendo seguirla, pecha en la iglesia donde la ve en un ataúd y cerrada de llaves. Con esto y con no arrepentirse Felipe IV de su mal deseo termina el drama, no sin conceder el reló misterioso al monasterio con este encargo:

REY.

Pero de manera tal
Le hareis, madre superiora,
Que siempre que dé la hora
Suene un toque funeral.
¿Eternamente dóblando
A muerto esté ese reló!...
Hacedle así, porque yo
Os lo ruego, no os lo mando.

Se ve pues que este asunto es mucho mejor para leyenda que para teatro. Su sencillez, unida á que el espectador sabe ya que por la tradición desde que lee el título en los carteles, cuanto va á pasar, hacen que la obra no tenga interés por los sucesos, sino únicamente por la versificación y la gracia del diálogo. En el primero y el segundo acto, que son de pura invención, el poeta, tomando por modelo nuestro teatro del siglo XVII, ha querido imitar las costumbres caballerescas que tanto conmueven el alma retratadas por Lope de Vega, Calderón ó Rojas. Sin embargo, necesario es decir que el respeto de los españoles á sus reyes no llegaba al punto que el señor Serra hace llegar al del padre de doña Ana. No en los tiempos del cuarto Felipe, en que á la monarquía se trataba ya con bastante franqueza, sino en los de Sancho el Bravo nos pinta el Félix de los ingenios á Busto Tavera arrojando de su casa al soberano, y asesinando á la puerta mi ma de palacio á la esclava que le dejó entrar donde no debía.

La espada osada sacó
Con valor, mas con respeto;
Que aunque lo negó en efecto,
Pienso que me conoció.
Dije quien soy, y arrogante
Me responde que mentía,
Y que un rey no cometa
Jamás acción semejante.
Del alcázar á la puerta
Ya supiste que hoy estaba
La desventurada esclava
Con tres puñaladas muerta.

En Rojas tenemos otro igual ejemplo, muy conocido ciertamente. García del Castañar ve entrar por la ventana de su casa un hombre, don Mendo, caballero que acompaña al rey; pero García, que poco antes hospedó al uno y al otro generosamente, sabe que el que adorna su pecho con una banda es el monarca, y no sabe que este por guardar mejor el incógnito la ha pasado á los hombros del favorito. ¿Qué hace pues al hallarse frente á frente del hombre á quien tiene por su rey? ¿Humillarse, obedecerle? No. Oid sus palabras:

¿El rey es! ¿Válgame el cielo!
Y que le conozco sabe:
Honor y lealtad, ¿qué haremos?
¿Qué contradicción implica
La lealtad con el remedio!

DON MENDO.

¿Qué propia acción de villano!
¿Temor me tiene ó respeto!

En vuestra casa me hallais;
Ni huir, ni negarlo puedo;
Mas en ella entré esta noche...

GARCÍA.

A hurtarme el honor que tengo.

Con tal energía le habla, intimándole al punto la orden de marcharse. Don Mendo, el presunto rey, se dirige á la puerta, pero García le grita:

¿A dónde vais?

DON MENDO.

A la puerta.

GARCÍA.

¿Qué ciego venís! ¿qué ciego!
Por aquí habeis de salir.

(Señalando la ventana.)

DON MENDO.

¿Conoceisme?

GARCÍA.

Yo os prometo
Que, A NO CONOCER QUIEN SOIS,
QUE BAJAREDES MAS PRESTO.

Esta es la heroica hidalguía castellana, y esto es lo que debió hacer el don Juan del señor Serra al encontrarse con Felipe IV. Ofrecer por puro respeto abrir la puerta para que deshonre á su hija, y no hallar otro remedio mas que suicidarse después que el monarca entrara, será cosa de efecto teatral, pero no es retratar costumbres caballerescas españolas.

La versificación de *El Reló de San Plácido* rebosa de galana poesía, pues es linda, delicada, pero le sobra lirismo. Paso que diga doña Ana:

Y será la luz que miras,
Seré la virtud que intentes,
Seré el aliento que a intentes
Y el suspiro que suspires.

Y en otra ocasión

Escucha: mi alma sentía
A tu alma que la llamaba
Con voz de dulce armonía:
Yo antes de verte te vía,
Yo antes de amarte te amaba.

Vi una vez de un modo cierto,
Que al romper nubes la luna
Tu faz dejó al descubierto:
Dió la una... y al dar la una
Dobló una campana á muerto.
Estos sueños, que en tu afán
Los llamas superstición,
A mi alma derechos van...
Estos no son sueños, son
Avisos de Dios, don Juan.

Pero por mas agradables que sean, por mas que gusten al público los versos que voy á copiar ahora, preciso es conocer que no son á propósito para el teatro, porque no es natural que haya quien hablé de esta suerte:

Amor, esencia de Dios,
Lazo que ata y no fatiga,
Y á un ángel y á un hombre liga,
Y de un ángel hace dos.
Dí... ¿no has sentido al posar
La planta sobre una flor,
Al quebrarse de dolor
La pobre flor suspirar?
¿No has reparado una estrella
Que al mirarla tú en el cielo,
De una nube haciendo un velo
Guardaba el pudor con ella?

Si en el mal revuelto lecho
Te querellabas doliente,
Calenturienta la frente,
Sin aire puro en el pecho,
¿No aliviaba tu dolor
Un aura que se agitaba
Y tu frente acariciaba
Con sus alas sin color?
¿No has sentido á cada instante
En tu camino perdido,
Llamarte el tierno quejido
De una golondrina errante?
Era yo... Dios permitió
Que mi alma viviera en tí...
Y te seguí... te seguí...

REY.

¡Ana de mi alma!

ANA.

¡Era yo!

Contigo mi ser camina
Doquier que lleves la huella:
Yo soy la flor, y la estrella,
Y el aura, y la golondrina.

Podríamos multiplicar las citas; pero las que preceden bastan para probar la superabundancia de lirismo que se nota en el *Reló de San Plácido*.

En los otros teatros de la capital no ha habido nada notable en marzo; la traducción del *Hijo natural* de Alejandro Dumas no ha obtenido un éxito brillante.

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

La modestia.

Por las flores proclamado
Rey de una hermosa pradera,
Un clavel afortunado
Dió principio á su reinado
Al nacer la primavera.

Con majestad soberana
Llevaba y con noble brío
El regio manto de grana,
Y sobre la frente ufana
La corona de rocío.

Su comitiva de honor
Mandaba, por ser costumbre,
El cófiro volador,
Y habia en su servidumbre
Yerbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
Porque tambien era uso,
Quiso una flor para esposa;
Y regiamente dispuso
Elegir la mas hermosa.

Como era costumbre y ley,
Y porque causa delicia
En la numerosa gray,
Fronto corrió la noticia
Por los estados del rey.

Y en revuelta actividad,
Cada flor abre el arcano
De su fecunda beldad,
Por prender la voluntad
Del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas
Engalanarse se vian
Con harta envidia, dispuestas
A ver las solemnes fiestas
Que celebrarse debian.

Lujosa la corte brilla,
El rey admirado duda,
Cuando ocultarse sencilla
Vió una tierna florcilla
Entre la yerba menuda.

Y porque el regio esplendor
De su corona la inquieta,
Pregántale con amor:
— ¿Cómo te llamas? — Violeta,
Dijo temblando la flor.

— ¿Y te ocultas cuidadosa,
Y no luces tus colores,
Violeta dulce y medrosa,
Hoy que entre todas las flores
Va el rey á elegir esposa?

Siempre temblando la flor,
Aunque llena de placer,
Suspiró y dijo: — Señor,
Yo no puedo merecer
Tan distinguido favor.

El rey suspensa la mira,
Y se inclina dulcemente;
Tanta modestia le admira;
Su blanda esencia respira,
Y dice alzando la frente:

— Me depara mi ventura
Esposa noble y apuesta;
Sepa, si alguno murmura,
Que la mejor hermosura
Es la hermosura modesta.

Dijo, y el aura afanosa
Publicó en forma de ley,
Con voz dulce y melodiosa,
Que la violeta es la esposa
Elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas;
Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifiestas;
Y en aquel reinado fueron
Todas las flores modestas.

JOSÉ SELGAS.

China.

Traducimos á continuación una correspondencia francesa fechada en Canton el 14 de febrero de 1858, y escrita por el autor de los dibujos que la acompañan:

«Si nuestra llegada delante de Canton hace dos meses fué señalada por alguna de esas calamidades que siempre la guerra trae consigo, nuestra residencia desde entonces es un manantial de bienes que reconocen los chinos.

Durante el año que habia trascurrido entre los dos bombardeos, Canton estaba plagado de malhechores; por todas partes habia espías; la baja policía tenía facultades exorbitantes, y bajo pretexto de inteligencia con los *bá barós* ó de convivencia con los rebeldes, todo hombre honrado á quien se creía con algun dinero, era preso sin mas procedimiento.

Los ladrones se aprovechaban del temor que esa presión oficial causaba á los habitantes para fiarse para despojarlos en medio del día con toda impunidad, puesto que los agentes de la autoridad tomaban su parte en el botín. Así es que la confianza habia desaparecido enteramente, el comercio habia cesado sus operaciones, muchas tiendas estaban cerradas, y los negociantes reducidos á la inacción, ni siquiera notaban el bloqueo que habia suspendido el movimiento comercial del río.

Pero al mes de haberse creado una comisión anglo-francesa encargada de gobernar Canton, la ciudad cambió de aspecto: la seguridad hizo volver á los ricos que habian huido, y los negocios en general recobraron su movimiento acostumbrado.

La excelente idea que han tenido nuestros plenipotenciarios de conservar el elemento chino en el gobierno de la ciudad contribuye sin duda á este buen resultado, pues la población puede creer hasta cierto punto que obedece aun á sus antiguos jefes, y si echa de ver la acción europea es advirtiendo sus efectos favorables.

Nuestros comisarios trabajan con mucho celo en reformar los abusos de la antigua administración; nuestras tropas rivalizan en ardor en el sosten del orden y la defensa de la propiedad, y están tomadas todas las medidas para impedir las tentativas culpables que podrían comprometer la tranquilidad pública.

Fuera de la ciudad los aliados han establecido varios campamentos en comunicación entre sí por vías estratégicas, que aseguran la simultaneidad de acción caso de ser necesaria; el mas importante de todos es el que se ha formado delante de la puerta del Norte desde el segundo día de nuestra ocupación, y cuyo dibujo acompaña.

Los edificios macizos que coronan las puertas de las ciudades fortificadas son unos torreones de uno ó mas pisos, cuya importancia es grande en la táctica china, pues los sitiadores tratan por lo comun de penetrar en una población derribando las puertas ó escalandolas. Ordinariamente se constiuyen de ladrillos y tienen un grueso en desproporción con los medios de ataque usados en la China; pero lo que es para nuestra artillería son un monton de materiales sueltos que no ofrecen ninguna resistencia.

Se han instalado piquetes de tropas aliadas en todos los torreones de ese género de las entradas de la ciudad tárlara, pero con orden terminante de no entorpecer en nada la circulación del pueblo y de los tenderos ambulantes que horniguean en las calles. Efectivamente en este país se pasa la mitad de la vida en la calle, pues en ella se encuentran, además de la distracción y el aire libre que faltan en el interior de las habitaciones, todos los comercios de cosas necesarias para la vida. Aquí hay peluquero que un tránsito ha detenido para que le aficie la cabeza; allí un cocinero que distribuye, á céntimo la taza, varios potajes que confecciona bajo la bóveda del cielo; acullá un calderero mas hábil que los de Europa, está gobernando una sartén de hierro colado; en otra parte un dentista que lleva en un collar las muelas rebeldes que ha sacado *sin dolor*, examina la boca de un hombre que le pagará con un pedazo de caña de azúcar calentada al vapor; en otro sitio se ven grupos de juzadores, gentes que fuman ó que duermen; en una palabra, la calle es para el chino la realización de todos sus deseos, de todos sus goces vulgares.

¿Cuánto tiempo viviremos así entre este pueblo fantástico? No sabría yo decirlo; pero es probable que al próximo cambio del viento, nuestras flotas subirán hácia el Norte para ir á pedir á P. King la solución que aquí es imposible obtener. Entonces Canton perderá necesariamente mucha importancia bajo el punto de vista diplomático; pero no dejará de ser por eso el mercado mas grande del Asia oriental.

Los Tai ping acaban de perder dos plazas fuertes que daban á estos patriotas la dominación del gran río Azul. Tchen Kia-g-fu y Kua-tcheu, esos dos baluartes que llamaban inexpugnables, focos de la insurrección desde hace cinco años en las provincias centrales del imperio, han vuelto á caer en posesión de las fuerzas imperiales que degollaron á todos sus valientes defensores.

Los mandarines pusieron en juego todos los medios de corrupción en uso entre los chinos para obtener la rendición de esas plazas importantes; sus esfuerzos fracasaron. Por fin uno de los jefes mas hábiles del ejército insurrecto hizo proposiciones de sujeción personal, y prometió la toma de las dos ciudades por asalto, si le garantizaban la impunidad y una posición elevada en el ejército imperial.

La proposición se aceptó con júbilo; el traidor fué amnistiado por el emparedador y colocado á la cabeza de la división que sitiaba Tchen Kiang-fu.

Pasaba esto el 27 de diciembre último; habiéndose dado varios ataques fingidos durante el día con objeto de causar á los sitiados. Hácia media noche, Tchang Kno-leang (es el nombre del traidor) mandó arrojar á los barrios Sur de la ciudad muchos cohetes que sembraron el incendio en varios puntos. Los sitiados convencidos de que el asalto de la plaza tendría lugar por aquel sitio concentraron en él todas sus fuerzas; pero á favor de la oscuridad los sitiadores marcharon por el Norte y penetraron en Tchen-Kiang fu sin encontrar grandes obstáculos.

Suprendidos de improviso por detrás los Tai-ping se desanimaron y se dejaron degollar hasta el último, arrastrando consigo la pérdida de la población que fué pasada á cuchillo sin distinción de edad ni de sexo: tal era el fin de las tropas mandarinas.

La ciudad de Tchen-Kiang fu está separada solo de su rival por el ancho del Yang-tze-Kiang; y para eso en medio de este río se eleva la bonita isla de Oro (Kin-chau), sobre la cual habia un puesto de observación. Los insurrectos de la orilla izquierda supieron al instante el desastre de sus compañeros de la orilla contraria; pero no hallándose en estado de resistir á un enemigo victorioso bien superior en fuerzas numéricas, huyeron muy de prisa unas treinta embarcaciones chinas que por casualidad estaban fondeadas delante de Kua-tcheu, á fin de que les trasladasen á Nankin.

Desgraciadamente las aguas estaban bajas y el viento soplabá recio; el sol salió antes de que las embarcacio-



Vista de la ciudad de Canton, tomada del cuartel general de las tropas aliadas.

nes se dieran á la vela, y el general victorioso distinguió de lejos la fuga que se preparaba. Entonces sin detenerse mas en Tchen Kiang-fu, que era un monton de ruinas humeantes, Tchang-Kno leang atravesó el rio, atacó la flota con un impetu irresistible, y en menos de una hora la guarnicion de los Tai-ping estaba destruida, ardian las treinta embarcaciones, y la ciudad fuerte de Kna tcheu volvia al dominio de la dinastía tártara.

Con esta doble derrota la ciudad de Nankin, que se puede llamar la capital de la insurreccion, se encuentra completamente descubierta, y puede ya ser cercada

por todas partes sin temor de que la lleguen fácilmente socorros exteriores. Así los mandarines vaticinan su caída dentro de poco tiempo; y aun se cree que existen ya negociaciones secretas con un personaje influyente

del partido para obtener la rendicion de la ciudad por dinero, medio de triunfar que se halla muy en moda entre los generales chinos.

He hablado hace un instante de la isla de Oro, y quiero añadir que es un lugar célebre en la China, tanto por su aspecto pintoresco como por las ideas religiosas que le conciernen.

Mi dibujo me dispensa de entrar en pormenores acerca de su forma elegante que recuerda esas agujas de piedra que la naturaleza ha levantado de un modo tan extraño en medio de las llanuras de la Tartaria. Pero si diré que la pagoda dedicada al dios Fo que corona el



Campamento del 2º batallon del cuerpo expedicionario francés en la puerta del Norte de Canton.



Cocineros y tenderos ambulantes en Canton.

peñon fué construida hace mil años á costa de la dinastía Tang, y que ha llegado á ser el punto de reunion de un número infinito de peregrinos que acuden allí con

sus ofrendas no solo de las diez y ocho provincias del imperio chino, sino aun del fondo de la Tartaria. Los historiadores afirman que al abrir los cimientos de esa

pagoda se descubrió un rico filon aurífero, y que de esto proviene el nombre de «Isla de Oro,» dado por el mismo emperador á ese santuario del budhismo.»



Puente y mercado en Canton.

Revista de Paris.

En esta sociedad parisiense tan completamente dominada en el día por los intereses materiales, nada más fácil que enganar la credulidad pública con el cebo de beneficios extraordinarios. Muy á menudo dan cuenta los periódicos de la capital de tales estafas, y sin embargo la gente no escarmenta: cada vez que un caballero de industria se propone seducir y deslumbrar á los incautos, lo consigue sin grandes esfuerzos de imaginación, pues en el fondo todos los capítulos de esta triste y ya prolongada historia presentan entera semejanza. Lo más sensible es que las víctimas se reclutan por lo común en las clases inferiores de la sociedad, no menos aquejadas que las otras de la sed del oro, que es la epidemia reinante.

Hé aquí los infortunios de un buen hombre, un pobre cochero de cabriolé, reducido en el día á pedir limosna. — Una vez (el mismo cuenta el lance) llevaba yo en mi coche á dos caballeros que me hicieron parar á la puerta de una hermosa casa en el centro de París... ¡ah! no olvidaré aquel momento. Uno de ellos se apeó, y el otro se quedó esperando, y entabló conversación conmigo; me pareció un «buen muchacho» inspiró desde luego la mayor confianza.

— ¿Gana Vd. bastante? me preguntó.
— No mucho, le respondí.
— ¿Por cuánto sale Vd. cada día?
— Según y conforme; unas veces por cuatro francos, otras por seis; antiguamente se ganaba más en mi oficio.
— ¿Son de Vd. el carruaje y el caballo?
— Sí señor.
— La carga es pesada.
— Pues aun tengo otros dos caballos.
— Entonces debe Vd. contar con algún dinero.
— Sí; poseo 6,000 francos, y pienso dar con ellos alguna extensión á mi negocio; quiero comprar dos cabrioles y otro caballo.

— No se lo aconsejo á Vd...
— ¿Por qué razón?
— Porque la época no es buena para eso. Oigame Vd., mi querido...

— Juan, para lo que Vd. mande.
— Pues bien, mi querido Juan, tiene Vd. una fisonomía que me agrada, y quiero hacer algo en su favor. ¿Posee Vd. 5,000 francos de sus ahorros?

— Seis mil y pico.
— En hora buena; con esa cantidad se puede hacer mucho.
— ¿De qué modo?
— ¿Qué diría Vd. si yo le colocara esa suma á 30 por 100?
— ¡Dios mío! ¿Y eso puede ser?
— Nada más fácil. Venga Vd. á verme, aquí están las señas de mi domicilio; pero el caso es que estoy tan ocupado...
— ¿No puede Vd. mañana?

— No; mañana tengo lo menos doce visitas que hacer á banqueros y á embajadores, y no pararé en mi casa en todo el día; pero pasado mañana quizá... En fin, pruebe Vd. Yo daré su nombre de Vd. á mi portero y á mi criado, y quiere decir que si estoy no tendrá Vd. que hacer antesala.

El día señalado, continúa el narrador, me presenté, y un portero vestido de casaca me dijo con insolencia:

— ¿A dónde va Vd.?
— A casa de M. ***, agente de negocios.
— Ha salido.
— Soy Juan, el cochero.
— ¡Ah! disimule Vd. El señor le está á Vd. esperando.
Y el portero me saludó profundamente.

Llezado al piso principal tiré de un hermoso cordón de campanilla de terciopelo rojo, y me abrió un criado con calzón de felpilla roja y medias de seda.

— ¿Está visible el señor? le pregunté.
— Muy ocupado se halla en este momento; dudo que pueda recibir á Vd. En estos dos salones hay cuatro empleados del ministerio, un banquero y un cónsul general que esperan el turno para penetrar en su gabinete.

— Sin embargo, su amo de Vd. ha tenido la bondad de decirme que no tendría yo que hacer antesala.

— ¿Cómo se llama Vd.?
— Juan el cochero.
— ¿Porqué no lo ha dicho Vd. en seguida? Pase Vd. adelante.

Y dos minutos despues me hallaba en el despacho del agente de negocios. Las paredes de este gabinete se hallaban colgadas de terciopelo; los muebles eran de eucalia esculpida, y por todos los rincones se descubrian objetos de arte y porcelanas de mucho valor. El personaje en cuestión se llegó á mí con la sonrisa en los labios, y me alargó una mano cubierta de sortijas. Mientras yo admiraba los ramajes de su bata bordada de oro, pronunció el este corto discurso:

— Amigo mío, tengo muy poco tiempo que perder. Hablemos poco y vamos al grano. Le he prometido á Vd. una colocación ventajosa para su dinero; lea Vd. esto mientras escribo aquí dos renglones á M. X..., agente de cambio.

Y me entregó un periódicoillo donde lei grandes elogios de una empresa que se estaba formando entonces; decía que era un negocio magnífico, cuyos beneficios habian de ser incalculables... El primer año los accionistas podian contar con un dividendo de más de 30 ó 100.

— ¿Qué le parece á Vd.? me preguntó el agente de negocios cerrando su carta. Es una mina; en pocos años habrá Vd. reunido una pequeña fortuna y se cambiarán las tornas. tendrá Vd. un cochero en vez de ser Vd. cochero de los demás.

Y se echó á reír y me dió las acciones... ¡Buena era el negocio!... El primer año recibí, como me habian prometido, un dividendo de 30 por 100, y aun creo que fué un poco más; pero al año siguiente la empresa se habia hundido y mi agente habia tomado las de Villadiego.

Despues supe que su portero y su criado eran dos hermanos suyos, dos lunantes como él y sus cómplices en estafas.

Ignoro si la justicia los ha cogido, pero lo que sé es que me han dejado á mi completamente arruinado.

Si los que corren en pos de la fortuna suelen llevarse chascos tan terribles, en cambio hay otros á quienes la fortuna les va á buscar y les saca como á la fuerza de su retiro. La siguiente historia es una prueba de esta verdad conocida.

Del fondo de una provincia del Norte de la Francia habia llegado á Paris, hace pocos meses, la hija de un rico hacendado que padecía esa enfermedad británica que llaman esplin, dolencia muy á la moda. Adela (este es su nombre) apenas cuenta diez y ocho años y es de una hermosura angelical; si á esto se agrega su riqueza, nos parece inútil añadir que esta beldad provinciana tuvo desde que llegó á Paris una numerosa corte de admiradores.

Pero Adela era insensible á la galantería; de una frialdad septentrional, helaba en los labios de sus pretendientes las mas ardorosas lisonjas. En breve las reuniones, los teatros y las fiestas á que su padre la llevaba muy á menudo, llegaron á cansarla de tal modo que lejos de producir un alivio en su interesante enfermedad, la hicieron por el contrario mas interesante.

El padre quiso consultar á los primeros doctores de Paris.
— Adela, la preguntó, ¿quieres que llame á M. A...?
— No, padre mío.
— ¿Y á M. B...?
— Tampoco.
— ¿Y á M. C...?
— Tampoco.

Y así continuaron las preguntas y las respuestas hasta la mitad del abecedario.

— ¿Qué haremos pues?
— Lo dejaremos á la casualidad, contestó la niña. Retirémonos á vivir al campo, la vida de Paris me desagradaba sobremanera.

El padre que estaba consagrado á satisfacer los caprichos de su idolo, corrió á tomar una casa en el bosque de Boulogne, y en ella se instaló con su hija.

Pocos dias despues paseándose por la orilla del bosque acertaron á descubrir una casita de apariencia humilde, en cuya puerta pintada de verde relucia á los rayos del sol una placa en que se indicaba que allí vivia un doctor en medicina.

— Quiero que este sea mi médico, exclamó Adela parándose delante de la casa con una alegría infantil que resplandeció en su rostro hechicero.

— ¿Y porqué?
— Porque así me lo dice el corazón; veamos.

Y sin mas explicaciones subió los tres escalones de la puerta y tiró del cordón de la campanilla.

Se oyeron pasos, la puerta se abrió y apareció el facultativo.

Era éste un hermoso jóven de veinte y ocho á treinta años, de ojos negros y expresivos, ancha frente, labio risueño y cabello rizado y abundante.

— Caballero... dijo el padre.
— Caballero... murmuró la hija.
— Pasen Vds., exclamó el doctor haciéndoles entrar en la casa.

El hacendado explicó al jóven doctor que su hija padecía una enfermedad muy difícil de definir, y contra la cual los médicos de la ciudad en que habia nacido, la habian ordenado las distracciones ó mas bien la satisfacción de sus voluntades; que ella habia querido retirarse al campo huyendo de Paris, y por último que acababa de tener el antojo de apelar á su ciencia, de la cual se prometia sin duda el milagro de su curación.

El jóven contestó modestamente que se reconocia indigno de semejante honra; que hasta entonces solo habia cuidado las flores de sus fiestas; que era un hombre desconocido, ignorado, sin experiencia, y por último, que todavia no habia matado á nadie.

— Pues empezará Vd. por mí, repuso Adela clavando en el doctor su mirada melancólica.

— Seria mucha lástima, respondió este despues de haber examinado el rostro de la niña; y aunque es verdad que entre mis flores y Vd. la diferencia solo está en el nombre, prefiero no exponer una salud tan preciosa á los errores de mi pobre ciencia; pero indicaré á Vds...

— ¿Con que se niega Vd.?
— En su interés de Vd., señorita; y luego tenemos aquí cerca un médico famoso, en cuya jurisdicción no me atreveria...
— ¿Por modestia qué á?
— No, es un asunto de conciencia.

Hubo una pausa. El hacendado miraba al jóven doctor con ojos atónitos; este miraba á la niña extasiado, y Adela miraba á su padre. La jóven rompió la primera aquel silencio.

— Los médicos famosos, exclamó poniéndose encarnada como una cereza, son muy caros... y nosotros no somos ricos!...

— Eso es diferente, dijo con alegría el doctor sin notar la cómica estupefacción del hacendado que se quedó como quien ve visiones; entonces aceptó.

— ¿De veras? preguntó Adela coriada.

— Si por cierto, contestó el doctor, y para principiar enseñaré á Vd. mis flores... son mis enfermas... ahora tendré una mas, una linda sensitiva; el aumento de trabajo no será grande. Pero advierto á Vd. que la trataré como á ellas. Hoy las he sacado todas al sol; las pobrecillas las devoraban con los ojos, y he debido satisfacer su deseo. Un hermoso rayo de sol y un cielo azul y trasparente como el que vemos ahora, es la medicina soberana, omnipotente; nada en esta, se halla al alcance de todos y todavia no hemos inventado nada mejor... Vendrá Vd. aquí todos los dias con sus hermanas á respirar el aire de mi huerto... y aseguro á Vd. que en breve sanará.

El tratamiento fué seguido con puntualidad durante algunas semanas, con tanta puntualidad que Adela se puso como de lo vivo á lo pintado, y al cabo su padre llegó á decir al inteligente facultativo:

— Solo un medio poseo de probar á Vd. mi gratitud, y es el de ofrecerle la mano de mi hija.

— Y yo, ¿cómo probaré á Vd.?

— Aceptando, le dijo Adela al oído.

— ¿Pero se contentará Vd. con mi humilde posición, con esta choza y este jardín?

— ¿Porqué no, si Vd. se contenta con el amor que yo le ofrezco?

El casamiento se efectuó en las últimas pasenas, despues de haber estado muy comprometido por el descubrimiento que hizo el doctor de la riqueza de su futura. El pobre hombre pasó algunos dias muy desconsolado, pero Adela venció sus escrúpulos.

¿Quién habria resistido á los ruegos de sus tiernos ojos velados por las lágrimas, pero que hablaban con voz tan elocuente?

Concluiremos por referir un lance que ha entristecido en Paris á muchas personas.

Un hombre muy considerado en la sociedad por sus altas prendas y su excelente posición en el mundo, el baron de X... se habia casado con una hermosa jóven á quien idolatraba y que le habia llevado una buena fortuna. Pero al cabo de dos años de matrimonio la esposa murió, y su marido queriendo cumplir el último voto de la difunta, resolvió conservar su luto eternamente.

Abatido por el dolor se encerró en una casa de campo, donde se propuso pasar el resto de sus dias. Se rodeó de objetos que habian pertenecido á su querida esposa, y de las imágenes que él habia multiplicado en los dias de felicidad para eternizar el recuerdo y el testimonio de su hermosura. Consistían en bustos de mármol, pinturas al óleo, miniaturas, todo un museo de retratos de un parecido completo.

Dos años pasó en la casa solitaria; pero poco á poco la desesperación se cambió en melancolía, la melancolía en aburrimiento, y este le hizo volver á la sociedad que habia abandonado. En la sociedad le llegó el olvido que horroró el recuerdo de todo lo pasado, hasta la promesa hecha á la moribunda.

Por último, un dia se vino á saber que estaba para casarse nuevamente.

Con efecto, se corrieron las amonestaciones, y ya desde entonces el baron se mostró en todas partes, aun en los bailes de máscaras de la Opera.

El martes de Carnaval se hallaba en el teatro, cuando un elegante dominó se puso á decirle cosas al oído que le turbaron y le dejaron atónito. Seducido y espantado á la vez suplicó á la desconocida que se quitara la careta.

— No, respondió el dominó.

— ¿No quieres que te vea?

— Sí, pero en otro sitio.

Media hora despues el baron y la desconocida estaban en el saloncito de un palco alumbrado apenas.

Entonces una voz sepulcral prorompíó en quejas lúgubres y en reconvenções terribles; la careta se desprendió al fin y el baron reconoció á su esposa.

Lanzó un grito horroroso y cayó desmayado en el suelo.

Cuando le levantaron sus cabellos habian encanecido y su cabeza se habia transformado.

Despues se ha sabido que este horrible chasco fué dado con toda intención por una antigua amiga de la difunta que se habia mandado hacer una carátula de cera donde se reproducian con toda exactitud las facciones de la mujer á quien habia querido vengar, sin duda no tan cruelemente.

El baron no ha recobrado el juicio, y aunque su locura es de carácter benigno la mayor parte de los dias, cae con frecuencia en accesos de furia que han hecho indispensable su encierro en una casa de locos.

MARIANO URRABIETA.

JEFTÉ.

(Leyenda bíblica.)

(Continuación.)

SEGUNDA PARTE.

CANTO PRIMERO.

Mas cuando Jefte volvía á su casa en Masphas, su hija única, porque no tenia otros hijos, le salió al encuentro con pandeteras y danzas.

(I, Jueces, XI, 34.)

Mas pura es Se'la que el albor primero
Del sol en el Oriente,
Mora en su corazón noble y sincero
La paz que baña su modesta frente.

De gracia coronada
La sonrisa feliz de la inocencia
Se ve vagar sobre sus labios rojos,
Y su dulce mirada
El fuego temple de sus negros ojos.

Su tez, si la lucecra
De la reciente nieve no desdora,
Tiene la transparencia, la tersura
De la flor que á la aurora
Blanda se eleva, delicada y pura.

Su cabellera undosa
Es negra cual la noche mas oscura;
Gallarda y majestuosa
La tímida doncella
Como ciprés de arbustos rodeado,
Entre las hijas de Israel descuella.

Apenas su pié breve
Deja marca al posar sobre la arena,
Y tiene airosa y leve
La casta languidez con que se mueve
Sobre su esbelto talle la azucena.

Bellísima gacela,
Mas dulce que los frutos de la palma,
Astro luciente que en el mar riela,
Rico tesoro que ambiciona el alma,
La llaman á porfia
Los ojos que contemplan su hermosura;
Mas la virgen judia
Que vió sus diez y siete primaveras
Del paternal hogar en la clausura,
Sin gozar las caricias hechiceras
De la materna sin igual ternura,
De amor sublime y de inocencia henchida,
Cifra todo su anhelo
En el hombre feliz que le dió vida.

Y él compensa su afán; caudillo fiero
Siempre en la lid cruenta,
En solo el fruto de su amor primero
Su esperanza y su dicha reconcentra.

¿Qué importa en la batalla
El lauro recoger siempre sangriento,
Si aunque á Seila lo calla,
Tan solo placer halla
En ver sus ojos y escuchar su acento?

Ella tan dócil, tan hermosa y tierna,
Modelo siempre de filial cariño,
Vierte en su corazón la paz interna
Que goza el alma del dormido niño.

Con ella olvida de su suerte ingrata
Los fieros sinsabores,
Ella sus armas con placer desata,
Ella su tumba cubrirá de flores.

Por ella el pensamiento
Una vez de paz y de contento
A sus ojos ofrece con delicia,
Viéndola en ella el envidiado padre
A través de esos sueños que acaricia,
Feliz consorte y venturosa madre.

Y Seila que le adora... ¡Mas cuán bella
Entre las hijas de Israel avanza
La cándida doncella!
Agitando gozosa
Instrumento sencillo de alegría,
Con ellas tejé caprichosa danza,
Llevando vagarosa
Su canto de alabanza
El aura leve por la selva hojosa.

Y viene bulliciosa
La multitud siguiendo
Cual ella en su ventura
¡Hosanna! repitiendo:

¡Hosanna al Dios del huracán y el trueno!
¡Hosanna al Dios que el universo llena!
¡Hosanna al Dios que omnipotente y bueno
La tempestad serena!

Dios es el Dios que al oprimido acorre;
Dios es el Dios que al opresor quebranta;
Cayó el contrario cual soberbia torre
Que horadan por la planta.

A devorarnos como mar sin valla
El Ammonita se acercaba fiero;
Mas Jefe derribaba en la batalla
Al carro y al guerrero.

Paz al caudillo que en su Dios confia,
Que ardiente vuela á desigual combate,
Por eso el Dios que en Sinai se via
A su enemigo abate.

¿Dónde está de sus fuertes campeones
La muchedumbre osada?
Sus cadáveres yacen en montones
Como la mies segada.

¡Hosanna al Dios del huracán y el trueno,
Que el rayo lanza y á la mar enfrena!
¡Paz á Jefe que de su fuerza lleno
Rompió nuestra cadena!

Así Seila loando
Al Dios que la victoria
Al bueno concedió,
Su dicha va mostrando
Felice con la gloria
Que al padre coronó.

¡Con qué impaciencia anhela
Ceñir su cuello con amantes lazos!
¡Miradle! Ya está allí, ya rauda vuela,
Ya la estrecha el guerrero entre sus brazos...
Mas como si en su mente
De súbito brotase horrible idea,
Descompuesta la faz, torva la frente,
Lanzándola de sí con mano dura:
¡Huye, clamó, donde jamás te vea,
Huye, infeliz, de muerte prematura!

Pero tornando de su horror primero,
Cual si hablase consigo,
Siguió el caudillo concentrado y fiero.
¡Triunfó Israel del bárbaro enemigo,
Lo dicen esos cantos,
Lo dice el pueblo que en placer se inflama,
Ya el Santo de los santos
En el altar la víctima reclama!

Y pálido y sombrío,
Incierta y espantosa la mirada,
Bañado de un sudor copioso y frío,
Tendió una mano trémula y crispada
Cual si buscase misterioso objeto;
Y Seila que contempla arrodillada
La extraña angustia de su afán secreto,
¡Padre! clamando la estrechó azorada.
¡Padre, y la inmolo yo! gritó vehemente
En la lucha tremenda
Que desgarró su corazón valiente.
¡Ella de amor mi solitaria prenda!
¡Ella tan joven, tan hermosa y pura!
Y mesando aterrado sus cabellos,
Y desgarrando al par su vestidura,
Sabe, siguió, doncella desgraciada,
Que en santa ofrenda al Hacedor divino
Por mi mano fatal serás llevada...
Yo ¡miserable! que al altar destino
Por voto infausto que en la lid hiciera
Al ser primero que á mi vista fuera,
Imprudente ó feroz llevo el castigo;
Antes que á nadie por mi mal te viera,
Y así infeliz á perecer te obligo.
¡Miserable padre que al cortar tu vida
Iré arrojando en soledad amarga
De mi existencia la enojosa carga!

Dijo, y la virgen que de horror transida
Le escuchara de hinojos,
¡Padre! repuso á su rodilla asida
Fijando en él los arrasados ojos,
Si ofreciste por prez de la victoria
Mi triste vida al cielo,
Ya que del triunfo te otorgó la gloria,
Cumple tu oferta sin temor ni duelo.
Mas déjame llorar, no de mi suerte
La saña aterradora,
Si la amargura que en tu vida vierte.

¡Hija del corazón, sí, llora, llora!!!
Y alzándola en sus brazos el guerrero,
Besó su frente y sollozó de espanto,
Mientras surcaba su semblante austero
Acerba gota de abrasado llanto.

El pueblo entonces que su angustia via
De asombro y de dolor sobrecogido,
Sus ecos de alegría
Cambió en un largo funeral gemido.

Mas como si la voz de su lamento
A su primer vigor le retornara,
La digna frente levantó al momento:
Basta, dijo al tropel que le cercara,
No anuble el duelo mio
De la victoria el sin igual contento;
Dios que postró al impío,
Dios que su fuerza á nuestro brazo dió,
Así lo quiere. El holocausto espera.

MARIA MENDOZA DE VIVES.

(Se concluirá.)

Costumbres americanas.

En nuestros números 238 y 239 hemos querido trazar, con este título, una pintura de la vida de Nueva York en los días de trabajo y en los días feriados; des-

pues de un largo intervalo invadido por los asuntos de actualidad á que damos siempre la preferencia, he aquí la tercera y última parte de ese cuadro, que trata de los ferro-carriles.

El camino de hierro es la personificación de los americanos, algo de intrépido que devora el tiempo y el espacio sin cuidado del peligro y de la muerte. ¿De qué hablamos? ¿De los yankees ó de las locomotivas? En 1829 los Estados Unidos construían ya caminos de hierro. El ejemplo fué dado por la ciudad de Boston. Su camino «tenía tres millas, dice M. Ampere en su *Promenade en Amérique*, y hoy mas de mil leguas de ferro-carriles cruzan de Boston al Massachusetts y los Estados vecinos; en el día la Unión americana tiene tres mil leguas de ferro-carriles en todos sentidos, mas que el diámetro terrestre.» Y añade en una nota: «La cifra exacta, según un documento oficial, era en 1832 (y estamos en 1838) 10,814 millas de ferro-carriles terminadas, y 10,898 en construcción. El capital empeñado en las empresas es de 592.770,000 dolares.» Ningun otro país del mundo tiene ni aun en proyecto un sistema de ferro-carriles de tanta extensión.

Pero es a superioridad tan evidente no es asunto de temperamento, de organización individual, sino que tiene mucha parte en ella la ausencia de centralización, la competencia. «Lo que da sobre todo un gran impulso á la creación de los ferro-carriles americanos, dice el mismo viajero, es la rivalidad de los diferentes Estados que sin cesar tratan de suplantarse unos á otros, arrebatándose el transporte de los pasajeros y sobre todo de las mercancías. Los Estados Unidos son como un gran tablero de damas en que cada cual trata de hacer dama el primero.» Así en lo concerniente á Boston desde 1842 á 1850, el producto de aduanas casi se ha triplicado, y la cifra de la población ha subido de 138,000 almas á 269,000.

La celeridad en la construcción de los caminos proviene tambien de otras causas. En tanto que en nuestras viejas sociedades europeas donde toda innovación es un lujo, no construimos una vía férrea sin obras de arte, sin elevar bonitas estaciones, embarcaderos monumentales, sin multiplicar los rails, sin crear un material y un personal abundantes, los Estados Unidos hacen las cosas con el menos costo posible, se contentan con lo estricto necesario y á veces con menos aun, pues colocan una sola vía, no ponen envejecidos, y sobre todo el número de empleados en la línea es escaso. Los Estados Unidos no quieren mas que lo indispensable; lo que desean ante todo es poner en comunicación todas las partes de su inmensa república.

«Los ferro-carriles americanos, dice M. Oscar Comtant, no ofrecen en muchos puntos las comodidades de los caminos europeos; pero son preferibles en otras cosas. Si hablar de su construcción que parece ser provisional por su poca solidez y su falta de garantías, los wagones tienen una forma muy fea y no se está en ellos muy á gusto.

«Los wagones americanos son muy largos y pueden contener unos cien asientos de madera; pero en medio de los asientos movidizos de modo que un viajero pueda ponerse enfrente de la persona colocada detrás si quiere conversar con ella, queda un paso libre para que circulen aquellos que se cansan de estar sentados. Además los wagones están reunidos estrechamente para que se pueda sin ningún peligro recorrer todo el convoy y detenerse donde uno quiera. Confieso que esto es muy agradable, sobre todo en los viajes largos, como lo son por lo regular en los Estados Unidos, donde las ciudades distan mucho unas de otras. En el invierno hay estufas.

«No hay en los ferro-carriles americanos como en Francia y en Inglaterra diferentes categorías de puestos; el rico no se instala en almohadones de seda al lado del pobre sentado en los bancos de madera pelada. Estas distinciones no existen allí felizmente. El mas infeliz es partícipe con el mas opulento de todos los enojos y de todas las ventajas del viaje. La igualdad existe al menos en los caminos de hierro; siempre es algo. Añadiremos que cuesta muy poco viajar en las vías férreas de la Unión americana.»

Si se desean algunos detalles mas, entraremos en ese convoy que va á salir, y nos pondremos al lado de ese viajero de fisonomía expresiva y un tanto burlesca. El encuentro es una verdadera buena fortuna; llega precisamente de los Estados Unidos, y vamos á preguntarle lo que piensa de los caminos de hierro.

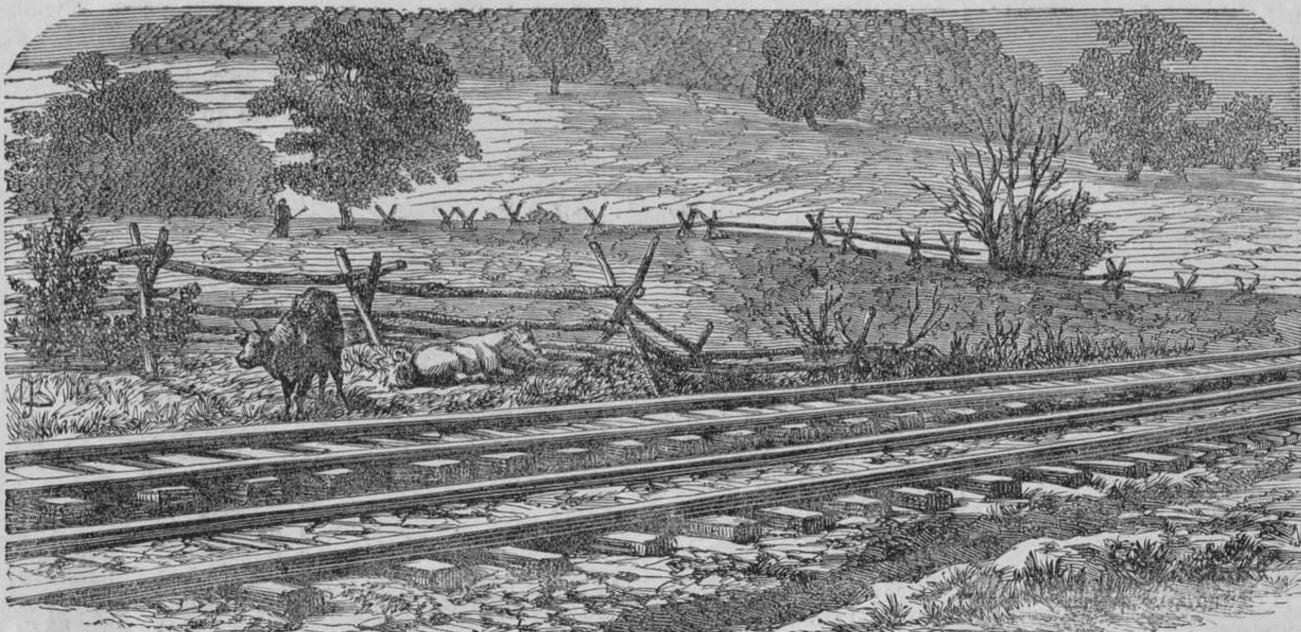
«Yendo de Boston á Lowell, cuenta Carlos Dickens en sus *American notes for general circulation*, vi por primera vez un ferro-carri americano. Como en los Estados Unidos todos los caminos de hierro se parecen, tomaré este como tipo del género.

«No hay primera ni segunda clase como en nuestro país, pero si hay un compartimiento para los hombres y otro para las mujeres; lo que les distingue principalmente es que en el primero todo el mundo fuma y nadie fuma en el segundo. Como un negro no viaja jamás con un blanco, hay tambien un compartimiento para los negros, un barracón, como aquel en que se embarcó Gulliver cuando dejó el reino de los Brobagnag. Resúmen: mucho movimiento, mucho ruido, muchas paredes, pocas ventanas, una locomotora, un grito penetrante y una campana.

«Los coches parecen omnibus miserables, pero mas en grande, pues caben en ellos treinta, cuarenta y aun cincuenta personas. Los asientos en vez de extenderse de un extremo á otro se hallan atravesados. Cada plaza es para dos personas. Hay una la gaceta de asientos á cada lado del wagon, un estrecho paso en medio y una

puerta á cada extremidad. En el centro se encuentra una estufa con mucha lumbre que da un calor sofocante...

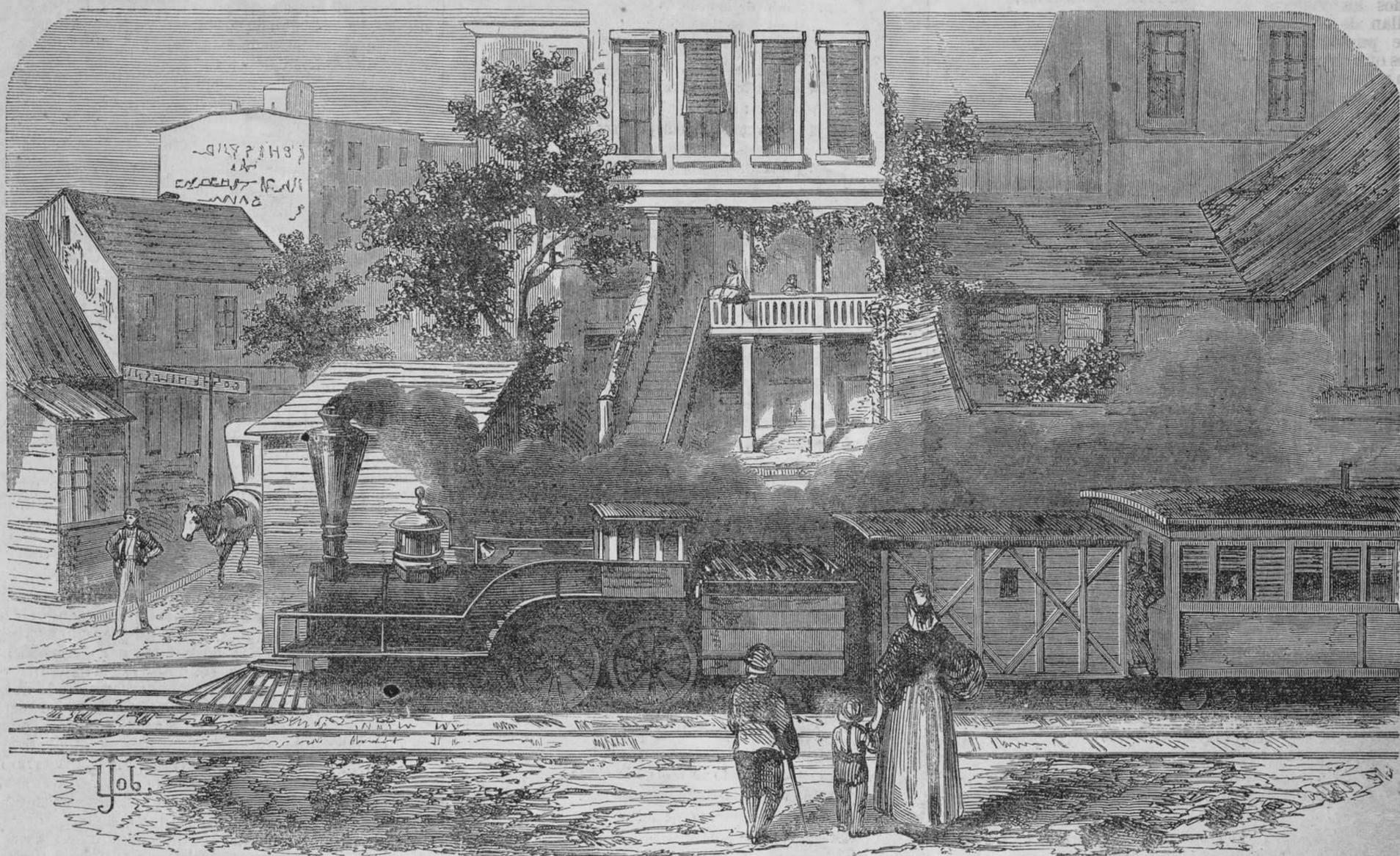
» En el compartimiento de las mujeres hay muchos hombres que llevan señoras; tambien van muchas señoras sin nadie en su compañía, pues toda mujer puede viajar sola de un extremo á otro de los Estados Unidos, bien segura de que hallará por todas partes el trato mas cortés. El conductor no lleva uniforme; va y viene por el wagon, entra y sale cuando gusta y habla con los viajeros. Se sacan muchos periódicos de los bolsillos, pero no se leen; cada



Coleccion de los rails.

cual entabla conversacion con la persona que le agrada.

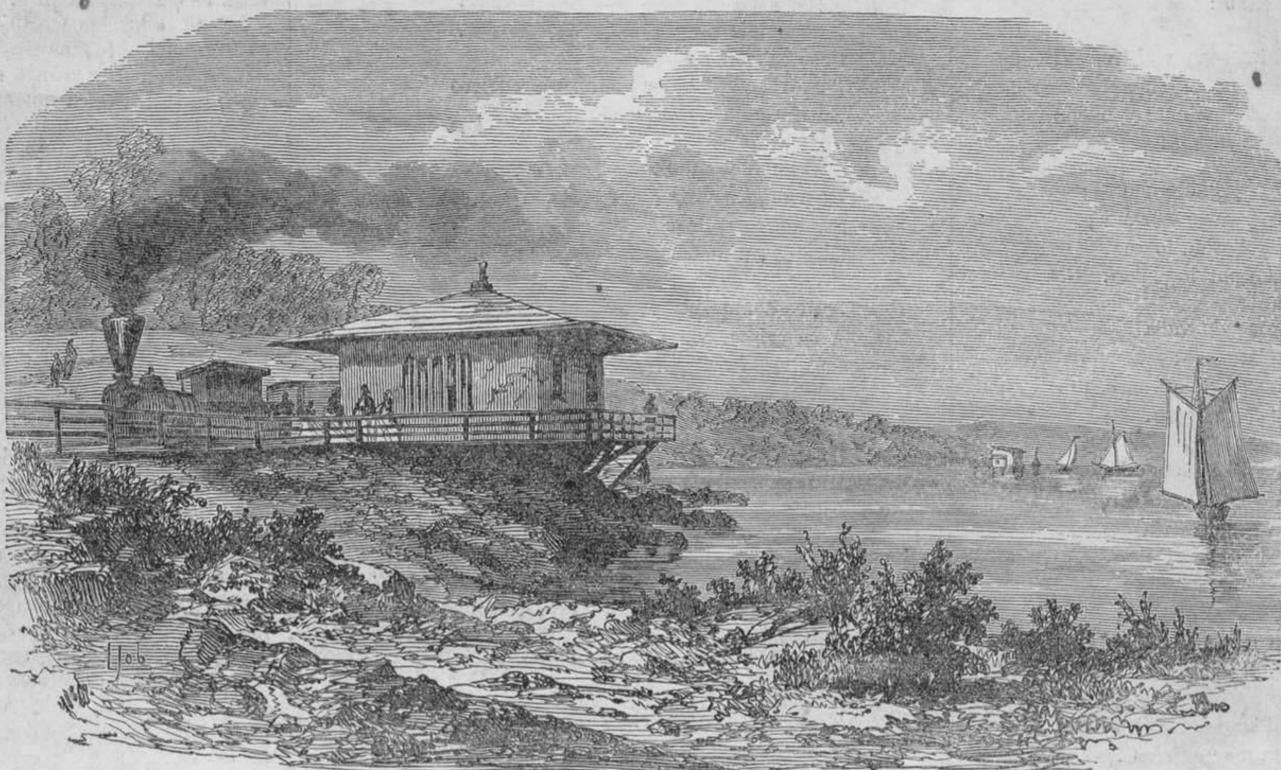
» Si una señora tiene el capricho de ocupar el puesto de un viajero, el hombre que la acompaña se lo dice á este, y al punto queda desocupado. Se discute mucho sobre la política, sobre los bancos y sobre el algodón... Pocas veces hay mas de una via, de modo que el camino es muy estrecho, y cuando va por una zanja la vista no tiene espacio donde dilatarse. En el caso contrario, el carácter del paisaje es siempre igual. Arboles mutilados, unos arrancados por el hombre, otros por el viento; otros ca-



Paso del Cambden y Ambay Rail-Road, por la ciudad de Burlington.

dos á medias sobre los que están al lado; la tierra está cubierta de leña en grandes trozos; cada charca tiene la corteza de podredumbre vegetal. A largos intervalos se pasa por una llanura donde brilla algun lago ó estanque, y luego se descubre á lo lejos una ciudad con sus casas blancas y limpias, sus hermosas plazas, su iglesia y su escuela; pero un minuto despues se descubren de nuevo los árboles mutilados y el agua estancada siempre tan semejante á la que se ha visto ya, que parece se ha vuelto á los lugares pasados.

» El tren se detiene en paradas en medio de los bosques; á través del camino se lanzan las personas y los carruajes, pues no hay ni barrera, ni vigilante, ni señal, nada mas que un



Parada del fuerte Washington, en el Rail-Road de Hudson.

arco de madera donde se lee esta inscripcion: CUANDO TOCA LA CAMPANA CUIDADO CON LA LOCOMOTORA. — El convoy se lanza entonces rápido como el rayo, se mete en el bosque, sale otra vez á la luz, hace temblar á su paso los arcos poco sólidos, rueda sordamente sobre la tierra dura, se precipita bajo un puente de madera que intercepta la claridad del dia por un segundo; despierta de repente los ecos de la calle mayor de una gran ciudad y cae en medio de la via pública. Allí, entre los obreros que trabajan en sus telares, y los habitantes que asoman la cabeza por puertas y ventanas, y los niños que juegan, y los hombres que fuman, las mujeres que charlan y los cerdos que se revuelcan en el fango, y los caballos espantados

que se encabritan junto á los rails, allí el dragon furioso se lanza otra vez arrojando fuego y llamas con su larga cola de wagones, sembrando chispas, aullando, silbando, hasta que al cabo se detiene á beber en un camino cubierto, rodeado del pueblo que se agrupa; y el viajero tiene un poco de respiro.»

Esta sencillez de medios, esta economía de dinero, este desden por el lujo inútil y esta rapidez de locomocion merecerian todos nuestros elogios, si á la vuelta de todo eso la frecuencia y la gravedad de los accidentes no entibiaran un poco nuestro entusiasmo. Todos los viajeros se hallan de acuerdo en este punto. Consultemos otro cuyo testimonio no hemos invocado hasta aquí, M. A. de Albert, autor de un libro titulado: *Flanerie parisienne por los Etats Unis*. « Cuando se pregunta porqué los ferro-carriles no tienen mas que una via allí donde el espacio no cuesta nada, responden:

« — ¿Para qué dos vias si hay bastante con una sola? Los convoyes se encuentran, se chocan, se rompen... pero se ha economizado el gasto de algunos rails; no hay pais en donde se desprecie tanto la vida del hombre y el aniquilamiento de las cosas. ¿Qué vapores! ¿qué ferro-carriles! ¿qué locomocion! ¿Cómo se viaja allí? ¿Qué locos van á visitar esas comarcas, y por qué milagro vuelven á su pais enteros? »

Un ejemplo citado por el autor demuestra que esa intrepidez indiferente llega á veces hasta la fanfarronada. « Los ferro-carriles, dice, son una temeridad odiosa. Sin

hablar del Hudson river-railroad, construido sobre estacas en medio de un rio caudaloso que va al Océano; — del camino de Nueva York á Boston que atraviesa pequeños brazos de mar donde se hunden trenes enteros cuando quedan abiertos por olvido los puentes levadizos que han de alzarse para que pasen los buques, se puede afirmar que cada via férrea ofrece peligros inminentes. No hay barreras á los lados del camino, ni en ningun punto se ven pasos designados para los coches; el espacio queda libre y cada cual puede atravesar por

ha tenido ya su explicacion al hablar del paso del convoy por una ciudad.

El tercer dibujo representa la parada del fuerte Washington. Este fuerte que domina la comarca permaneció todavía algun tiempo en poder de Washington cuando Nueva York estaba aun ocupada por los ingleses en 1776. Pero el 16 de noviembre del mismo año, despues de un violento asalto en que los agresores perdieron ochocientos hombres, cayó en manos del enemigo, y su guarnicion compuesta de dos mil americanos fué he-

donde quiere, lo que proporciona esta diversion á los jóvenes: llegan en carruaje hasta cincuenta pasos del camino, y luego cuando oyen distintamente el silbido del vapor, lanzan el caballo al trote como para cortar el paso al convoy; la habilidad consiste en pasar lo mas cerca posible de la puerta delantera de la locomotora á riesgo de perecer y de ocasionar el desvio del tren... Los constructores no piensan jamás en evitar los pasos peligrosos: el camino va siempre derecho cortando las carreteras, y recorre á lo largo las calles de las ciudades que debe atravesar; la vida del viajero está siempre en peligro.»

En todo esto habrá exageracion, pero es lo cierto que segun los mismos periódicos americanos las desgracias en los ferro-carriles ocurren con harta frecuencia.

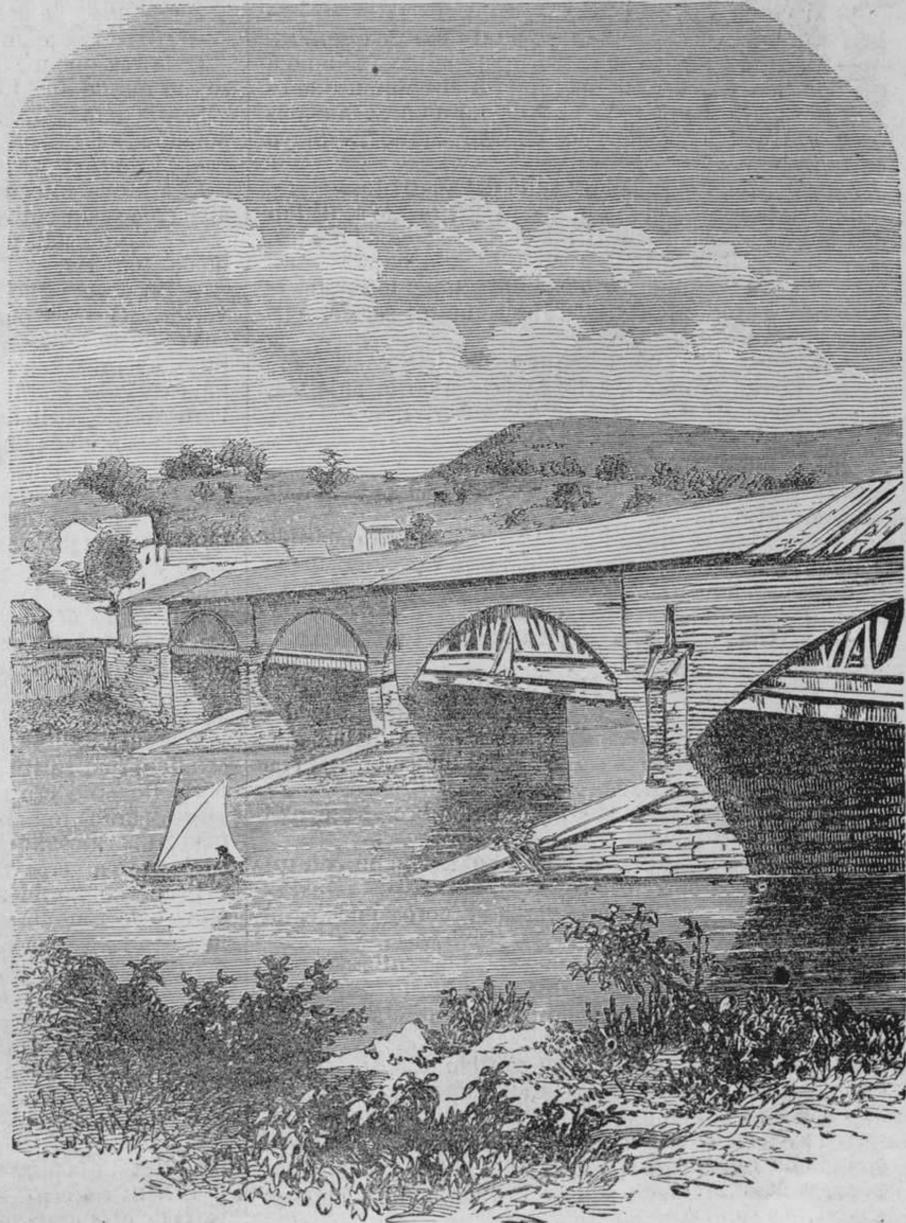
Dos palabras ahora sobre nuestros dibujos. El primero representa la colocacion de los rails. La sencillez de esta operacion en los Estados Unidos nos dispensa de entrar en explicaciones. El segundo



Un convoy detenido en la nieve.



Cortadura en la roca, en Pensilvania.



Puente viaducto en Pensilvania.

cha prisionera. Fácil es darse cuenta de los obstáculos que pone la nieve á la circulacion en unos caminos que tanto dejan que desear bajo el doble punto de vista del material y del personal. Este cuarto dibujo fué hecho con despacio, pues de Nueva York á Washington el autor estuvo parado doce horas á causa de una fuerte nevada. Otro tren se vió bloqueado y casi sumergido entre la nieve durante treinta horas.

Los dibujos restantes figuran dos sitios en donde la naturaleza se ha negado á favorecer las ideas de economía que presiden á la construccion de los ferro-carri-les americanos. Ha habido que abrir la roca y colmar abismos; pero seria desconocer el carácter de la nacion y haber escrito este artículo en balde, dudando un solo instante que ese doble trabajo no haya sido hecho con el menos costo posible.

B.

NOVELAS RUSAS.

SANTIAGO.

(Continuacion.)

Sofia inclinó su cabeza sobre su cuaderno de música y luego me dijo:

— No os comprendo.

— Nunca me habria podido figurar, continué, que á vuestros años fuérais una cómica!...

Las manos de Sofia temblaban sobre las teclas del piano.

— ¿Qué decis?... me preguntó sin mirarme; ¿yo una cómica? ..

— Sí, sí.

Ella se sonreía, y yo me irritaba cada vez mas.

— Fingis indiferencia con un hombre... y le escribis cartas amorosas.

Se puso pálida como una muerta; pero no volvió su cabeza hácia mí, acabó la sonata, se levantó y cerró el piano.

— ¿Dónde vais? la pregunté con cierta inquietud; ¿no me respondeis?

— ¿Qué podria responderos? No sé á quién aludis y no disimulo ninguna cosa.

Y comenzó á poner en orden sus cuadernos de música.

La sangre se me subió á la cabeza.

— Bien sabéis de quien hablo, repuse levantándome igualmente, y si quereis os citaré algunas palabras de una de vuestras cartas: «Sed prudente como hasta aquí.»

Sofia tembló en todos sus miembros.

— No esperaba yo eso de vos, me dijo por fin.

— Ni yo de vos. ¡Cómo! vos, Sofia Nicolaievna, habeis acordado vuestra confianza á un hombre que...

— Sí, así es, repuso ella, tened entendido que amo á ese hombre, y que poco me importa la opinion que os habeis podido formar de él y de mi amor... Además ¿con qué derecho os mezclais en este asunto?... Si yo estoy resuelta...

A estás palabras se calló y salió del aposento.

Yo permanecí en el salon, y de repente me sentí tan confuso que hube de cubrirme el rostro con las manos. Comprendia toda la indiscrecion, toda la baja de mi conducta; la vergüenza y el arrepentimiento me oprimian el corazon, me consideraba como un ser deshonorado y exclamaba:

— ¡Gran Dios! ¿qué es lo que acabo de hacer?

— Antonio, Antonio, gritó la criada en la antesala, traed pronto un vaso de agua á la señorita.

— ¿Qué hay? preguntó Antonio.

— Está llorando.

Me estremecí y pasé al cuarto contiguo para tomar mi sombrero.

— ¿Qué habeis dicho á Sofia? me preguntó Matilde con indiferencia; y luego añadió: otra vez el escribano que pasa por la calle.

Yo me adelanté hácia la puerta.

— ¿Adónde vais, pues? repuso; esperad un instante, mi madre vendrá ahora.

— No puedo quedarme, luego volveré.

En aquel momento vi espantado á Sofia que cruzaba el salon con paso firme. Su rostro estaba mas pálido que de costumbre, y apenas un matiz rosado coloreaba sus mejillas. Pasó sin mirarme.

— Ven aquí, dijo Matilde; ¿qué hombre es ese que anda rondando nuestra casa?

— Quizás es un espía, contestó su hermano con un acento frío de desprecio.

Era demasiado; salí y á la verdad ignoro cómo llegué á mi casa.

No puedo describir el dolor moral que sentia. De una vez dos golpes terribles; habia descubierto que Sofia amaba á otro y habia perdido para siempre su estimacion.

Estaba tan avergonzado, tan abatido que ni aun podia indignarme contra mí mismo. Extendido en mi sofá con la cara vuelta hácia la pared, experimentaba una satisfaccion cruel en abandonarme á mi desesperacion, cuando de repente oí pasos en mi antesala; alcé la cabeza, y descubrí á un amigo íntimo: Santiago Passinkof.

En aquel momento no estaba para visitas, pero me era imposible recibir mal á mi amigo Santiago. Al con-

trario, en la acritud de mi dolor me regocijé con su presencia y le saludé afablemente.

Santiago, como tenia de costumbre, se paseó un instante por mi cuarto, estirando sus largos brazos y encogiendo sus anchos hombros, luego se detuvo en silencio delante de mí, y por último se sentó en un rincon.

Yo conocia á Santiago hacia mucho tiempo, casi desde mi infancia. Se habia educado en el colegio del alemán Winterkeller donde habia pasado yo tres años. Su padre, retirado del servicio con el título de mayor, era un hombre de bien, pero carecia de fortuna, y sus facultades intelectuales se hallaban algun tanto turbadas.

Santiago tenia siete años cuando le llevó al colegio del alemán; pagó su pension un año adelantado, y luego dejó Moscú sin dar posteriormente noticia de su paradero. Rumores misteriosos y extraños circularon respecto de él; ocho años despues de su marcha se supo que se habia ahogado en la Siberia al atravesar un rio; pero ¿qué tenia que hacer en la Siberia? Dios lo sabe.

Passinkof habia perdido á su madre hacia tiempo, y en cuanto á parientes próximos no le quedaba mas que una tia tan pobre que no se atrevia á ver al huérfano temiendo que la hicieran cargar con él. Pero semejante temor era ilusorio. El buen alemán se quedó con Santiago, le dió lecciones como á los otros alumnos y le alimentó; únicamente no le daba postres los dias de trabajo, y le hizo un vestido con un capote pardo muy usado pero bastante fuerte todavia.

Los discípulos que conocian estas circunstancias y el estado de dependencia en que se encontraba Santiago, no le trataban con muchos miramientos y le solian llamar capote viejo aludiendo al vestido que llevaba. Pero á pesar del apodo y demás, sus discípulos le querian en el fondo, y era imposible no quererle, pues no puede darse en el mundo una naturaleza mejor que la suya.

A mayor abundamiento se distinguia en los estudios.

Cuando le ví por primera vez teniamos él diez y seis años y yo trece. Yo era el niño mimado de una familia bastante rica; cuando entré en el colegio entablé amistad con un joven príncipe muy atendido en todo por Winterkeller, y luego con otros varios jóvenes de la aristocracia. En cuanto á los demás, no me ocupaba de ellos y ni siquiera habia fijado mi atencion en Santiago; este muchachon, con su torpeza de movimientos, su vestidura informe, su pantalon encogido, sus medias de hilo gordo, me parecia una especie de gróm ó el hijo de un labriego.

Passinkof se mostraba cortés con todos los discípulos, sin estar obsequioso con ninguno. Si le hacian un desaire no se humillaba; se retiraba en silencio á un rincon y esperaba otra ocasion mas favorable.

Un mes hacia que estaba yo en el colegio, y en una hermosa tarde de verano, bajaba yo á jugar al huerto cuando le ví sentado en un banquillo bajo una enramada de lilas. Tenia en la mano un libro, y acercándome á él, vi que era un tomo de las obras de Schiller.

Me detuve y le pregunté:

— ¿Sabeis el alemán?

Cada vez que me acuerdo me pesa el acento desdeñoso con que le dirigí esta pregunta.

Santiago me miró con sus ojillos expresivos y me respondió:

— Sí, le sé; ¿y vos?

Esta breve interrogacion ajó mi amor propio; quise alejarme y sin embargo no lo hice.

— ¿Y qué estais leyendo? continué con el mismo tono de altanería.

— Un poema que se titula la *Resignacion*, preciosos versos. ¿Quereis oírlos? Tomad asiento en ese banco.

Vacíle un instante, y al cabo me senté. Passinkof se puso á leer. Sabia el alemán mucho mejor que yo, y me explicaba claramente el sentido de muchos versos. Pero no me sentí avergonzado de mi ignorancia ni de su superioridad; desde aquel dia, desde aquella hora en que me leyó los versos de Schiller, le amé con sinceridad y le buscaba y reconocia su ascendiente.

Aun recuerdo muy bien su fisonomía de entonces, y que con poca diferencia conservó despues. Era alto, delgado y torpe en sus movimientos. Sus hombros derechos y su pecho hundido le daban la apariencia de una constitucion débil; no obstante, nunca se quejaba de falta de salud. Su cabeza redonda y abultada caia siempre de lado, y unos rizos mequinos de pelo rubio flotaban sobre su cuello. No era hermosa su fisonomía á decir la verdad, y hasta tenia un carácter ridículo por la anchura de una nariz larga, de color un tanto encendido, que se inclinaba sobre unos labios dilatados; pero su frente era soberbia, y así que se sonreía, sus ojillos pardos tomaban tal expresion de suavidad y de bondad cariñosa, que era imposible mirarle sin que el corazon se alborozara.

Recuerdo tambien su voz suave y serena, con una especie de ronquera particular que era agradable. Por lo comun hablaba poco y con una especie de esfuerzo; pero cuando se animaba, su palabra corria libremente, y ¡cosa singular! se hacia mas dulce, parecia que su mirada se recogia en el interior de su pensamiento, y todo su rostro se inflamaba ligeramente.

Jamás sonaban en falso en su boca las palabras bondad, verdad, saber, amor, por grand que fuese el entusiasmo con que las pronunciara. Sin hacer ningun esfuerzo entraba en las regiones del ideal. A cada momento su alma pura estaba dispuesta á presentarse «ante la belleza santa;» solo esperaba el encuentro y la simpatía de otra alma de igual temple.

Passinkof era romántico, uno de los últimos románticos que yo he visto. Sabido es que han desaparecido

todos; en las filas de la juventud actual no hay ninguno; debe sentirse por esa juventud.

Unos tres años pasé en la mayor intimidad con Santiago bajo el mismo techo, y fuí el confidente de su primer amor. ¡Con qué atencion, con qué interés tan vivo escuchaba yo sus confesiones! El objeto de su passion era una sobrina de Winterkeller, una alemana graciosa, rubia y redondita, con una cara infantil y unos ojos azules muy cándidos. Tenia un corazon bueno y sentimental; la gustaban mucho las poesías de Matthisson, de Uhland y de Schiller, y recitaba agradablemente sus versos con su voz argentina.

El amor de Santiago era esencialmente platónico. No veia á su hermosa Federica mas que los domingos, cuando ella iba á jugar con sus primas, y la hablaba poco. Uná tarde que ella habia dicho: *mein keher*, se quedó extasiado hasta el punto de no dormir en toda la noche. Ni siquiera reparó que ese «querido mio» la jóven le dirigia igualmente á todos los alumnos.

Recuerdo tambien su dolor y su abatimiento cuando vino á saber de repente que Federica se casaba con un simple tendero de comestibles llamado Krutts, y no por la voluntad de sus padres, sino porque era su gusto. ¡Qué triste se puso entonces el pobre Santiago, y cuánto sufrió el dia en que los nuevos esposos hicieron juntos la primera visita á nuestro maestro! Federica presentó «su querido Santiago» á su marido en quien todo relucia, los ojos, los cabellos negros rizados, la frente, la dentadura, los botones del frac, los bordados y el chaleco, todo, hasta las botas: que calzaban sus anchos piés, vueltos hácia dentro como los piés de los bailarines.

Passinkof felicitó al marido haciéndole presente que le deseaba una felicidad larga y perfecta, y estoy seguro de que hablaba sinceramente. Yo asistia á la escena y observaba á mi amigo con un sentimiento de lástima y de admiracion: en aquel instante me parecia un héroe.

Peró luego ¡qué diálogos tan tristes entre nosotros!

— Debeis buscar vuestro consuelo en la ciencia, le decia yo.

— Sí, me respondió, y en la poesía.

— Y en la amistad, añadí.

— Seguramente.

¡Qué dias aquellos! Me separé de él con una amarga pena. Antes de que saliera yo del colegio, habia obtenido él á fuerza de solicitudes sus certificados y entró en la Universidad. Sin embargo, seguia viviendo con Winterkeller, pero habian reemplazado su traje grotesco con un vestido decente en recompensa de las lecciones que habia dado á los alumnos principiantes.

Mientras permanecí bajo el mismo techo, Santiago continuó sus relaciones íntimas conmigo. No obstante, habia entre nosotros una diferencia de edad que principiaba yo á sentir, y recuerdo que estaba celoso de sus nuevos compañeros de estudio.

Santiago ejercia en mí una influencia saludable; pero desgraciadamente se interrumpió demasiado pronto. Tengo muy presente uno de los efectos de esa influencia; en mi infancia tenia ya la costumbre de mentir, y delante de Passinkof no me habria atrevido á decir una mentira.

Uno de mis grandes placeres era pasearme solo con él, ú oírle recitar versos en mi cuarto con su voz suave y contenida. Entonces me parecia á mí que poco á poco me iba desprendiendo de las regiones terrestres, y que me elevaba á un mundo misterioso en esferas radianes.

Una noche fuimos á sentarnos bajo las lilas en nuestro sitio de predileccion; todos nuestros compañeros dormian. Nos levantamos en silencio, tomamos nuestras ropas á tientas y salimos callando hácia el huerto. Sopla una brisa fresca que nos obligó á estrecharnos el uno contra el otro; hablabamos tan de prisa que nos interrumpiamos con frecuencia. El cielo estaba resplandeciente, y Santiago alzando los ojos y estrechándome la mano, murmuró estos versos:

El cielo en su esplendor sobre nosotros,

Y en lo alto del cielo el Criador.

Me ví sobrecogido de un sentimiento religioso y tuve que recostarme en su hombro; mi corazon, presa de una emocion muy viva, latia fuertemente.

¡Oh! dias de entusiasmo, ¿dónde estais? — ¿Dónde estais, años felices de la juventud?

Ocho años mas tarde encontré á Passinkof en San Petersburgo; yo acababa de entrar en el servicio, y él habia obtenido un íntimo empleo en la cancillería. ¡Qué alegría al vernos! Nunca olvidaré el instante en que hallándome solo en mi cuarto, oí de repente su voz que resonaba en la antesala. ¡Con qué precipitacion me levanté! ¡Cómo me palpita el corazon al arrojarle en sus brazos sin darle tiempo para que se quitase la capa! ¡Con cuánta avidez le miraba, qué dulces eran las lágrimas que corrian por mis mejillas!

En aquellos ocho años habia envejecido un poco: unas arrugas finas como la señal que deja la punta de un alfiler surcaban su frente; sus mejillas comenzaban á hundirse; su pelo principiaba á estar canoso, pero su barba no habia crecido, su mirada era la misma, y conservaba aquella risa tan cordial que apenas llegaba al oído.

¡Dios mio! ¡Cuántas cosas nos dijimos aquel dia! ¡Cuántos versos recitamos! Yo supliqué á Santiago que se viniera á vivir en mi compañía; pero no quiso acceder á mis ruegos, si bien me prometió que vendria todos los dias, y cumplió su promesa.

Su corazón no había cambiado; era la misma naturaleza romántica que yo había conocido. El frío de la vida, el frío rigoroso de la experiencia no había helado sus sentimientos. La delicada flor de su imaginación se ostentaba en toda su pureza y su frescura. Ninguna preocupación de tristeza se manifestaba en él; era reservado como siempre, pero su alma rebosaba alegría.

En San Petersburgo vivía tan retirado como si hubiese habitado en un desierto, sin pensar en el porvenir y tratando á muy poca gente.

Le llevé á casa de los Zlotnitzki, donde volvió gustoso con bastante frecuencia. Como no era vanidoso, no era tímido. En aquella casa así como en las demás hablaba poco; pero cobró mucho cariño á la familia. Hasta el anciano taciturno, el marido de Latiana Vassilievna le recibió con dulzura, y las dos jóvenes silenciosas se acostumbra- ron pronto á verle.

A veces solía sacar de los anchos bolsillos de su paletó alguna publicación nueva que quería dar á conocer, y luego vasilaba mucho en leerla; se sentaba en un rincón, su puesto favorito, y alargaba de cuando en cuando el pescuezo con timidez. Por fin se decidía, tomaba su libro y comenzaba la lectura, primero en voz baja, y luego con tono mas firme y elevado, interrumpiéndose de tiempo en tiempo por algunas cortas observaciones ó algunas exclamaciones. Observé que en estos momentos Matilde se acercaba á él con mas gusto que su hermana y le escuchaba con atención, aunque no comprendía muy bien todo lo que leía, pues entendí poco de producciones literarias. Sentaba enfrente de él, con la cabeza apoyada en la mano, le clavaba los ojos y no pronunciaba una palabra; únicamente de cuando en cuando exhalaba un suspiro.

Por la noche, sobre todo los domingos, jugábamos á juegos de prendas. Con nosotros se reunían ordinariamente dos niños de la familia de los Zlotnitzki, dos hermanitas de cara redonda que se reían constantemente, y algunos jovencitos que principiaban su carrera con el título de cadetes. Santiago se colocaba junto á Latiana, y deliberaba con ella sobre las condiciones que era preciso imponer á los que tenían que rescatar sus prendas.

A Sofía no le gustaban las caricias que por lo regular se imponen en esos casos, y Matilde no podía sufrir que la hicieran adivinar algún enigma. Las primitas se reían á mas no poder. ¿De qué procedía aquella risa perpetua? A veces me causaba. El viejo Zlotnitzki no tomaba parte en esos juegos, y solía ponerse á mirarnos á la puerta de su gabinete.

Solo una noche llegó de repente en medio de nosotros y nos propuso que mandáramos á la persona que iba á rescatar una prenda, que bailara con él. Aceptamos. La prenda pertenecía á Latiana, que se sonrojó y se turbó como si hubiera sido una joven de quince años.

Pero el anciano ordenó á Sofía que se sentara al piano, y luego tomando del brazo á su mujer, dió con ella dos vueltas de wals segun el antiguo compás de sus tiempos. Bailaba con paso largo; su mujer apenas podía seguirle, y como si hubiera tenido miedo se recostaba sobre su pecho. Concluido el wals, la llevó á su silla, la saludó, y se volvió á su gabinete cerrando la puerta.

Sofía quiso que se acabara el juego; pero su hermana la suplicó que no, y acercándose á Santiago y alargándole la mano con timidez, le dijo:

— ¿Qué es esto?

Santiago se levantó sorprendido, se inclinó cortesmente, pues era muy cumplido, y tomó á Matilde por el tallo. Pero al primer paso se escurrió, se separó de su pareja, y tropezó en el pedestal de la jaula del loro que se vino al suelo. El animal espantado comenzó á lanzar gritos agudos. Todo el mundo se echó á reír; Zlotnitzki abrió la puerta de su cuarto, observó con ojo sombrío lo que pasaba, y luego se retiró.

Cuando mas tarde recordaron este accidente á Matilde, se sonreía y miraba á Santiago con aire singular, como si pensara que no se podía imaginar nada mas sensato que lo que había hecho aquella noche.

A Santiago le gustaba mucho la música, y á menudo suplicaba á Sofía que le fuera alguna cosa. Entonces se colocaba en su rincón, y escuchaba y aun acompañaba en voz baja lo que le arrababa. La *Constelación* de Schubert era una de las composiciones que le hezaban. Afirmaba que cuando oía aquella melodía se figuraba que los rayos de una luz azul bajaban del cielo y penetraban en su alma con aordes armoniosos. Desde entonces, cada vez que he visto una noche clara y estrellada he pensado en Santiago y en Schubert.

Me acuerdo todavía de un paseo que dimos por las cercanías de la ciudad con Zlotnitzki. Habíamos tomado dos coches de alquiler muy viejos y de una estructura tosca; un cuerpo azul, resortes redondos, anchos asientos y paja en el interior. Los caballos, verdaderos rociantes, nos llevaban con mucho trabajo.

Largo tiempo nos paseamos bajo los bosques de abetos de Pargolot; bebimos leche en cantarillas de barro y comimos fresas con azúcar. El tiempo estaba soberbio. Matilde no era aficionada á marchar, y al cabo de algunos pasos decía que estaba cansada.

Sin embargo, esta vez no nos dejó; se había quitado el sombrero, sus cabellos se habían desatado, y se veía mucha animación en su rostro. Encaramos en el bosque dos jóvenes aldeanas; ella las llamó, se sentó en el suelo y las hizo sentar á su lado. Sofía las miró de lejos con una sonrisa irrisoria, y no se fué con ellas; se paseaba con Assanof.

Después Matilde marchó muy á menudo junto á Santiago, y una vez le dirigió estas palabras:

— Santiago, quiero decirte alguna cosa. Pero lo que quería decirte no se ha salido. Y es ya tiempo de que yo vuelva á mi historia.

La aparición súbita de mi amigo me había regocijado. Pero al punto me volvió el sentimiento de la vergüenza al recordar lo que había hecho aquel día, y volví de nuevo la cabeza hácia la pared.

Al cabo de un instante de silencio, Santiago me preguntó si estaba malo.

— No, le respondí con voz poco segura, pero me duele un poco la cabeza.

Tomó un libro y se sentó. Pasaría como una hora. Yo acababa de decidir en mí que haría mi confesión á Santiago cuando de repente oí el ruido de un coche que se detenía á mi puerta; escuché con atención, y oí que Assanof preguntaba si yo estaba visible.

(Se continuará.)

Curiosidades inglesas.

(Véanse los números 272, 273 y 276.)

III.

LA JUSTICIA.

(Segundo y último artículo.)

Los *barristers* ó abogados ingleses no sólo se distinguen entre sí por la calidad, es decir, por la instrucción, por la elocuencia y la delicadeza, sino que difieren sobre todo por la naturaleza misma, por la diversidad de sus funciones.

Las principales especies del género *barrister* ofrecen caracteres mas curiosos. Los doctos en la materia distinguen tres que nunca pueden confundirse.

Estas tres especies son el *conveyancer*, el *equity draftsman* y el *special pleader*, y el *common lawyer*.

«*Conveyancing*, dice M. Martin, es la ciencia y el arte de la enagenación.» En otros términos, el *conveyancer* es el *barrister* que redacta ciertas escrituras de la vida civil, como contratos de venta, de matrimonio, de sociedad, testamentos, etc. Segun confiesa uno de sus pagueiristas mas entusiastas, esta ciencia ó arte, como se quiera llamar, exige los conocimientos mas profundos, la habilidad mas consumada; pues algunas de las cuestiones que suscita son tan difíciles de resolver como los problemas mas intrincados del álgebra. Lejos de mí la pretension de divulgar sus misterios: prefiero contar dos ó tres anécdotas que he recogido estudiando la ciencia.

Un viejo anticuario judicial llamado Somner observó que en su tiempo un acre de tierra no podía cambiar de dueño sin que se gastara casi un acre de pergamino. Por eso Shakespeare hace decir á Hamlet: «Las *conveyances* de los bienes de un hombre con dificultad pueden caber en su f' retro.» Los escritos de los *conveyancers* son tan notables por su minuciosidad como por su extensión. La omision de una sola palabra basta para que se declare nulo. Uno de los *barristers* que mas han ilustrado la profesion, M. Butler, cometió una vez un error que costó 350,000 libras de renta á un cliente á quien había querido servir y favorecer. Había olvidado en un testamento de no sé cuántas páginas la palabra Gloucester.

Así un autor inglés pretende que si se examinaran con atención todos los títulos de posesion de los propietarios actuales de la Gran Bretaña, no se encontrarían ciento que no pudiesen ser atacados. Si no me equivoco el *conveyancer* es al abogado lo que el ojeador es al cazador. Como el ojeador levanta las piezas que el cazador persigue, el *conveyancer* crea los gérmenes, por desgracia demasiado fecundos, de los procesos que defiende el abogado, y esto lo hace sin mala intención; pues no solo define con precisión los derechos *presentes*, después de haber verificado los derechos *pasados*, sino que preve y arregla de antemano (verbigracia en los testamentos) todos los casos *futuros* que podrían presentarse en un siglo. Ahora bien, ¿es posible que sepa adivinar siempre el porvenir, esto suponiendo que no cometa ningun error en las dos primeras partes de su penosa tarea?

«Con *evancing*, escribía hace pocos años el autor de la *Introduccion popular y práctica al estudio del derecho*, ofrecerá una carrera deliciosa al jó-en que siendo delicado de salud ó estando poco seguro de sí mismo para tomar parte en las luchas ardientes de la vida pública, se halla dotado de un espíritu paciente, reflexivo y contemplativo. Si es permitido hablar así sin ofender á aquellos de nuestros amigos que han adoptado esta profesion, un *conveyancer* puede ser comparado con una araña que r' tirada en el rincón mas silencioso y mejor abrigado del templo de la ley, teje sin interrupcion desde por la mañana hasta por la noche sus hilos finos y enredados. Sin embargo, la vida de un *conveyancer* no es propia para los caracteres vivos, pues exige un trabajo muy asiduo y cansado. Les pareciera de una monotonía insuportable, y además al elegiría es preciso renunciar á toda idea de gloria y de popularidad. No tiene ningun brillo; de ella no se pasa á ser magistrado: lo unico que se hace es ganar mucho dinero...»

El *equity draftsman* y el *special pleader* no tienen ninguna analogía con el *conveyancer*. Propiamente ha-

blando entrambos son pleiteantes especiales, es decir, que exponen por escrito á los jueces de equidad y á los de ley comun los hechos de un proceso para la demanda y para la defensa. Es verdad que no hacen su trabajo del mismo modo; pues la justicia se administra diferentemente en esas dos grandes clases de los tribunales ingleses; — son curiosidades que exigen una digresion.

En todos los pueblos semi-bárbaros y que no reconocen la autoridad absoluta de un solo hombre, la misma asamblea pública redacta y vota las leyes, juzga las causas importantes civiles y criminales, y es participe ya directamente ya por sus consejos de la administracion interior del país. La separacion de los tres poderes principales de las sociedades modernas es en sí misma un indicio infalible de una civilizacion adelantada. Así el antiguo tribunal de *More* que los reyes normandos de Inglaterra convocaban regularmente todos los años en las fiestas de Navidad, de Pascuas y de Pentecostés en uno de los salones (hall, curia) de su palacio, llenaba juntamente con ellos, de un modo vago é indeterminado — lo mismo que el *witenagemote*, ó la asamblea de los hombres doctos hicieron en otro tiempo con los monarcas anglo sajones, — las triples funciones legislativas, judiciales y administrativas.

Pero los progresos de la civilizacion produjeron tres separaciones sucesivas de ese gran consejo nacional, compuesto en su origen de todos los altos barones eclesiásticos ó seculares que los antiguos cronistas designan con los nombres de *proceres*, *magnates* ó *primores regni*.

Hubo pues desde entonces en Inglaterra:

- 1º El *Commune* ó el *magnum Concilium*, el consejo comun ó el gran consejo llamado despues el parlamento, que se dividió en dos cámaras y que juntamente con el rey fué el unico poder legislativo.

- 2º La *Curia regis* que debia ser; pero que no fué, el unico poder judicial.

- 3º El *Concilium regis*, el consejo del rey llamado igualmente el consejo continuo, permanente, secreto y privado que debia ser un consejo puramente administrativo y consultivo, pero que usurpó en ciertas ocasiones una autoridad legislativa y judicial.

Apenas estuvieron separados cuando estos tres consejos que se habian formado de los mismos elementos, se hicieron rivales. El consejo privado quiso usurpar las atribuciones del Aula ó de la Curia regis, y el gran consejo ó el parlamento combatió sus pretensiones. Su lucha duró cerca de seis siglos, hasta que al cabo se terminó despues de una larga serie de triunfos y de descalabros recíprocos, por la victoria definitiva del gran consejo sobre el consejo privado. La historia de esta lucha es la historia constitucional de Inglaterra. Pero no tratamos de esto por ahora.

En la antigua constitucion sajona ó normanda el rey, tomando el título pomposo de *Basileus* era, teóricamente hablando, el legislador supremo de su pueblo y la fuente única de la justicia que en su coronacion juraba administrar *equam y rectam*, es decir, segun la ley y la equidad. Primeramente juzgó en persona, pero muy luego se vió obligado á delegar su autoridad judicial á los miembros de su consejo. Mas tardé en fin, como los negocios se multiplicaban, la *Curia regis* se dividió en tres tribunales distintos, á saber: el del Banco del rey, el de los *Plaids* comunes y el del *Echiquier*, conocidos actualmente bajo la designacion general de tribunales de ley comun, y cuya residencia se fijó definitivamente en Westminster, cuando el tribunal de los *Plaids* comunes cesó de andar ambulante, esto es, de seguir al rey por do quiera que iba. Cada uno de estos tres tribunales se componia de cuatro jueces, un *lord chief justice* y tres *puisne judges*, que llamaban los doce grandes jueces de Inglaterra. Hace veinte y ocho años no mas que su número se hizo subir á quince. Antes de 1825 tenían el derecho de vender sus cargos; pero en esa época el parlamento les quitó ese privilegio, en cambio del cual les acordó una pension al cabo de quince años de servicios. La mas corta de estas pensiones es de 87,500 francos, y la mayor de 100,000. Sus sueldos son proporcionados á sus pensiones. El *chief justice* del tribunal del Banco del rey ó de la reina tiene 250,000 francos anuales; el de los *Plaids* comunes 200,000; el *chief baron* del *Echiquier* 175,000, y cada *puisne judge* ó juez asesor 125,000 francos.

Antiguamente en sus nombramientos se consignaba que eran nombrados *durante placito*, es decir, mientras lo viérase á bien el rey; pero esa fórmula ha sido remplazada con otra mas racional: «*Quomdiu se bene gesserint*,» ó en tanto que se conduzcan bien. No pueden ser revocados sin una manifestacion de las dos cámaras del parlamento. Además desde 1761 sus con-etidos son permanentes, ó en otros términos, la transmision de la corona no hace ya como antiguamente que quede vacante su empleo. Por lo general son elegidos entre los abogados mas célebres. El *lord chief-justice* del tribunal del Banco del rey alcanza título de nobleza inmediatamente despues de su nombramiento.

Entremos en uno de los tribunales de ley comun cuya puerta se abre sobre la sala de Westminster, en el tribunal del Banco del rey ó de la reina, segun el sexo del soberano reinante. Todos ellos se parecen, y este es el principal. Le llaman así porque segun una de esas ficciones tan caras para la ley inglesa, se presume que el monarca asiste, si no en persona, al menos en espíritu á todas sus audiencias. Por eso sus *writs* — actos de comparendo ó demás notificados á las partes, — dicen que la causa será vista *coram rege ipso*.

De su jurisdiccion me limitaré á decir que es casi universal, tanto en lo civil como en lo criminal. En

Inglaterra casi se tiene la libertad, dentro de ciertos límites, de elegir tribunal para hacer juzgar el pleito pendiente. Gracias á las invenciones de los hombres de ley, siempre se halla un medio legal, ó que lo parece, de satisfacer ese capricho.

Lo que mas llama la atención de un forastero cuando entra en un tribunal inglés, es el traje de los jueces y de los abogados. A la vista de todas esas pelucas mas ó menos largas y rizadas, que les dan un carácter de cómica seriedad, se echaria á reir á carcajadas si no se lo impidiese la solemnidad del lugar en donde se encuentra. A fines del siglo último los jueces ingleses se hallaban condenados á llevar peluca y uniforme negro, aun cuando no estuvieran en el ejercicio de sus funciones. Lady Eldon, que conservó toda su vida una alta admiración por la hermosura física de su marido, veía que su peluca le desfiguraba horriblemente, y tantas veces le suplicó que se la quitara, que lord Eldon se decidió un día á pedir para ello un permiso al rey.

— Señor, le dijo, padezco unos dolores de cabeza que han llegado á ser crónicos; y como mi peluca contribuye á aumentar su número y la intensidad de sus accesos, os pido que me concedais licencia para no llevarla sino en el ejercicio de mis funciones de magistrado.

— No, no, le respondió riendo Jorge III, no quiero que haya innovaciones durante mi reinado.

Los jueces de la Gran Bretaña debieron á la revolucion de julio la abolicion de esa antigua costumbre. Bajo el

reinado de Guillermo IV la peluca judicial desapareció en los actos de la vida privada con otros restos tan añejos y tan poco dignos de ser conservados de la constitucion británica.

¿Necesito describir el interior del tribunal del Banco de la reina en presencia del dibujo que demuestra cuáles son sus jueces, sus abogados, sus funcionarios interiores, etc.? Además tendria que decir muchísimo sobre lo que en él pasa, así como tambien sobre los cir-

ron las partes interesadas? Como el rey era la fuente de toda justicia, como en su coronacion habia prestado el juramento de hacer justicia *aequam* y *rectam*, se dirigieron al rey suplicándole que templase la ley con la equidad en virtud de su autoridad soberana.

En todos estos casos el canciller, que era uno de los personajes mas considerables, uno de los dignatarios mas elevados del reino, fué encargado de representar al rey, y así nacieron los tribunales de equidad por oposi-

cuits ó excursiones de los jueces á los condados; pero no olvido, aunque parezca que me extravio de digresion en digresion, que el equity draftsman, el special pleader y el common lawyer esperan su turno, y tengo que hablar todavía de los tribunales de equidad en general y del tribunal de cancelleria en particular, dos asuntos que para ser tratados convenientemente exigirían un volumen.

Con efecto, la historia del tribunal de cancelleria — historia apenas bosquejada por algunos anticuarios contemporáneos, — es en gran parte, como dejo dicho ya, la historia constitucional de Inglaterra. Sin entrar aquí en ningun detalle sobre su origen y desenvolvimiento, me limitaré á consignar que en nada se parece hoy á lo que fué en su principio. Por precisas y positivas que fuesen las leyes comunes (y que brillaban por estas cualidades), establecian máximas en general ó se aplicaban á circunstancias particulares. Presentáronse sucesivamente muchos casos nuevos é imprevistos para los cuales no ofrecieron remedios propios ó suficientes. ¿Y qué hicie-



Policemen llevando ladrones á los depósitos de la policia.



Tribunal del Banco de la Reina, en Westminster.

cion á los tribunales de ley comun; así se hizo el primero el tribunal del canceller ó de cancelleria, y quedó siendo el mas importante de los tribunales de equidad.

«El tribunal de cancelleria, escribia un crítico de la *Revista* de Edimburgo, fué en su forma primitiva una grande experiencia, que tuvo por objeto hacer constar hasta qué punto la jurisprudencia de una nacion podia abandonarse á las inspiraciones enteramente arbitrarias de la conciencia humana. Pero poco á poco su jurisdiccion cesó de ser arbitraria. La conciencia del canceller cayó felizmente bajo la dependencia de la ley, y se sometió á las exigencias de la moral. Pero se hizo mal en conservar la palabra equidad; la falta se parece mucho en el dia á un epigrama; pero ¿qué importa el nombre si los abusos desaparecieron? Las ventajas del cambio de sistema son tan incontestables, que sería ocioso clamar contra esa ridícula calificación de los tiempos pasados.»

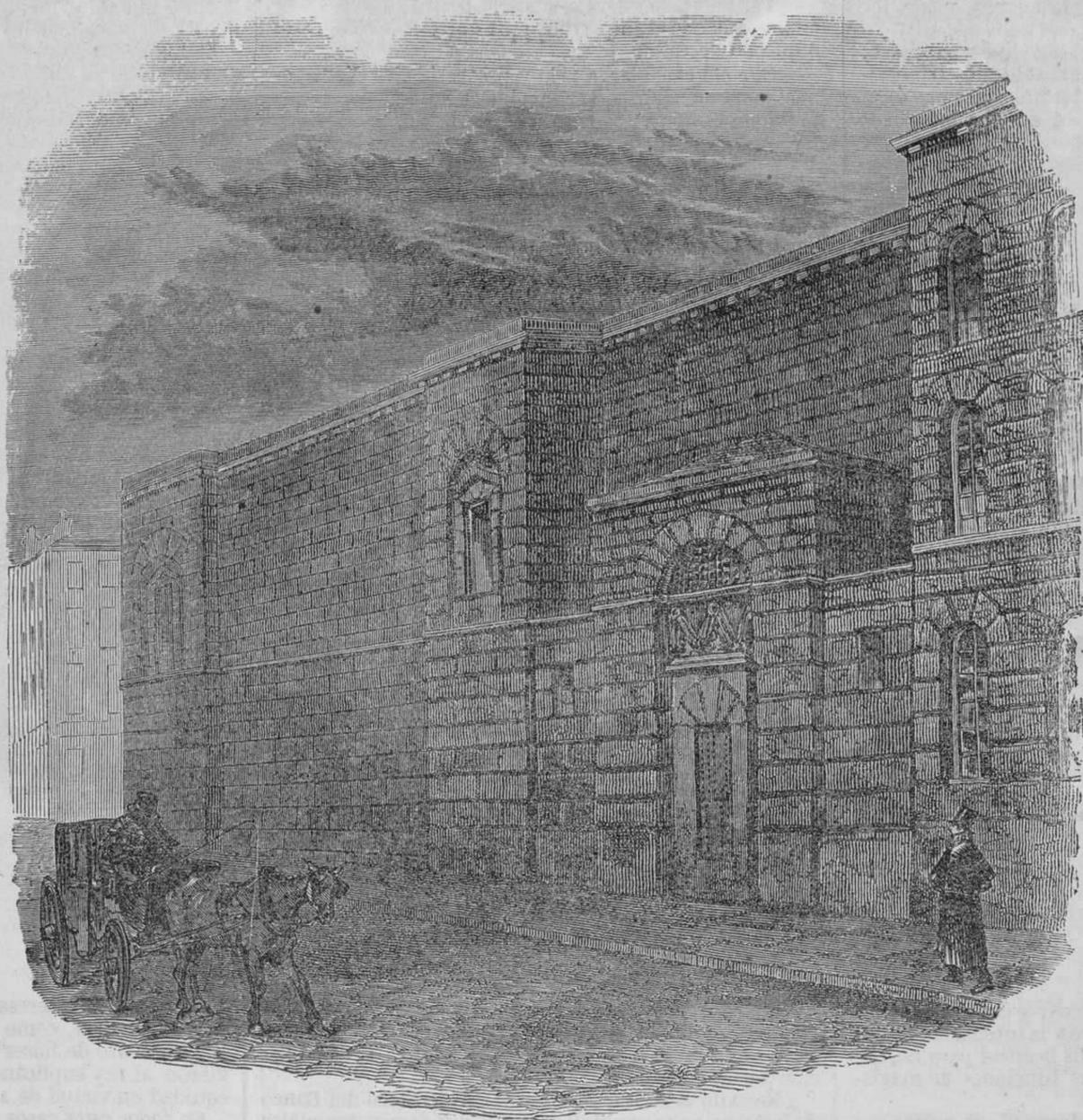
Actualmente los tribunales de equidad tienen como los de ley comun sus reglas y sus formas legales; únicamente esas reglas y esas formas difieren entre sí. Por este motivo he tenido que resumir tan brevemente estos detalles incompletos, á fin de que se comprenda lo que eran los barristers ingleses que ejercian las profesiones de equity-draftsman y de special pleaders.

Segun la opinion vulgar estas palabras «special pleading» dice M. Warren, sirven para designar un arte y un misterio; los esfuerzos que se hacen para interpretarlas son muy divertidos. Dicen que todos los barristers son *pleaders* porque defienden las causas de sus clientes; pero hay ciertas causas tan embrolladas y tan importantes que exigen talentos superiores y por consiguiente se confian á defensores especiales. Esto no es verdad. Antiguamente las partes interesadas se presentaban ante los tribunales ingleses, ya en persona, ya por sus attorneys, y exponian sus demandas y sus defensas *viva voce*, delante de los jueces que les obligaban á sostener los hechos respectivos de modo que llegaran á algun punto ó materia específica afirmada por la una y negada por la otra. Este punto específico se llamaba *exitus*, porque las partes estaban en el fin de sus *pleadings*. Distinguianse dos especies, una en derecho y otra en hecho; la primera debia someterse para su resolucio

cion a los jueces, y la segunda á los jurados. Este sistema oral cesó de estar en uso bajo el reinado de Eduardo III, y fué reemplazado por el escrito, y esta guerra de papeles recibió el nombre de *special pleading*. Los

que la hacen en nombre y en perjuicio de las partes se llaman *special pleaders*.

los asuntos que puede tener que tratar, todas las variedades del carácter humano, todos los sucesos de la vida ligeros ó graves; las cuestiones mas sutiles de la propiedad real, los problemas mas complicados del derecho comercial; el derecho escocés, el derecho civil, el derecho internacional, el derecho extranjero, el derecho equitativo, el derecho parlamentario y el derecho constitucional; ¿cómo puede aprender todo lo que debe saber? A esto hay que añadir que se dan un tiempo muy corto para estudiar los asuntos mas graves; que habla siempre en público delante de un foro atento, inteligente, instruido, donde casi todas sus palabras son recogidas y salen impresas en periódicos que las hacen circular por toda la Gran Bretaña. Pensando además en la importancia de los intereses que le están confiados, se podrá tener una idea con lo que hemos dicho, de la extension y de la dificultad que se impone un barrister inglés cuando prefiere la profesion de common lawyer á las de conveyancer, equity draftsman ó special pleader.



Newgate. — Vista tomada por el lado donde tienen lugar las ejecuciones capitales.



Tribunal del lord-corregidor en Mansion-House.

Este párrafo exigiria largas explicaciones, y conozco que aun tendria que decir lo que son los *chambers* y los tribunales del *visi prius*, pero no tengo lugar para mas; ni siquiera puedo decir dos palabras sobre los tribunales excepcionales, como el de los *doctors commons* ó los eclesiásticos; ni sobre los criminales, que me darian sin embargo mas motivos de elogios que de críticas, ni por último de esos tribunales de policía, cuyas audiencias serian muy divertidas á menudo, si al contemplar las escenas mas ó menos cómicas que allí ocurren, el pensamiento no fuese en derecha á sus desenlaces trágicos, y sobre todo á esa fatal puerta-ventana de la cárcel de Newgate por la cual el verdugo de Londres lanza á los reos á la eternidad.

A. J.

Un Irlandés.

Phill Purul era célebre en toda Irlanda por su astucia y por la seguridad con que engañaba al mas sagaz observador. Convencido de que cada uno de sus compatriotas podia ser su maestro en el arte de la estafa, resolvió un dia hacer un viaje á Inglaterra con una piara de cerdos, que mas que al animal pesado de esta especie se parecian á galgos por su ligereza y sus pocas carnes. Los vendió por doble precio de lo que valian á un mercader de Yorkshire, que al verlos devorar se creyó que estaban hambrientos y que muy pronto los engordaria; pero los tales eran de una raza tan miserable como sus dueños, y aquella misma noche huyeron del establo, escalando una estacada de cuatro piés de altura y dispersándose en diferentes direcciones por los cercanos montes donde tuvo que cazarlos con auxilio de trahillas de perros. Acostumbrados sin embargo á su vida errante, todas las noches huian, talaban los campos y caian prisioneros en poder de los propietarios vecinos que no los soltaban hasta que el mercader pagaba el correspondiente rescate. El buen hombre tuvo que venderlos perdiendo el noventa por ciento, y se desahogó en maldiciones contra el irlandés y sus rebeldes cerdos.

Phill se habia puesto en tanto en camino para vender el último cerdo que le quedaba. Un rico propietario estaba una tarde hablando con sus trabajadores en la margen de un camino, cuando vio llegar un irlandés andrajoso con sus abarcas blancas de polvo, medias sin piés, calzones apedazados con fragmentos de paño de todos colores, un saco en la espalda, una gruesa camisa abierta y dejando ver el cuello tostado por el sol, un sombrero abollado y roto y una cuerda de esparto á guisa de faja. Llevaba en la mano izquierda otra cuerda atada á una de las patas traseras de un cerdo que andaba rápidamente delante de él, y en la derecha un garrote en el cual se apoyaba. Cuando estuvo delante del caballero, detuvo su cerdo que instintivamente se puso á devorar la yerba de la margen del camino.

— ¡Pícaro! dijo enjugándose la frente con la manga, vas á matarme tal vez, buen caballero, ó dignarte comprarme este maldito animal. Os lo daré por un pedazo de pan, porque quiero deshacerme de él á toda costa. — Estate quieto, maldito, ¿no ves que estoy hablando con este caballero?

— ¿Sois irlandés? preguntó el caballero.

— Sí, señor, del Connaught, para servir á Vuestro Honor. Vamos, veo que tenéis deseo de comprar este animalito.

— No necesito de vuestro cerdo, buen hombre, respondió el inglés que no tenia al parecer deseo de continuar la conversacion.

— Comprádmelo y vereis qué gordo se pone en poco tiempo. No tendreis necesidad de hacerle comida, porque pasará con las sobras de vuestra cocina, y ahorrará á las criadas el trabajo de barrer. No tengais miedo de que os rompa ningun mueble, pues tiene tanta inteligencia como un perro. Os lo daré por mas precio de lo que vale, señor.

— ¿Mas? Supongo que quereis decir *menos*.

— Menos ó mas, hareis un negocio excelente.

— Os repito que no necesito cerdos; tengo ya y de sobra. Así pues, seguid, vuestro camino, y ved si os lo compran en otra parte.

— Soy enemigo de mentir, buen caballero, y os aseguro que el animalito será una adquisicion preciosa. Cuando esté en poder de vuestra esposa, ya vereis cómo se engordará. ¡Qué buena señora ha de ser vuestra esposa, si tiene tan buen corazon como indica la cara de su marido! ¡qué guapa si se parece á un caballero tan galan como vos! ¿A dónde he de llevar el animalito, señor?

— A ninguna parte. Seguid vuestro camino y dejadme en paz.

— ¡Gracias, señor! No quiero reñir por una miseria. Dadme todo lo que querais mas de una libra; es regalado, pero nunca he dejado descontento á un caballero tan noble como vos.

— Estais perdiendo el tiempo sin fruto, buen hombre. Os repito por última vez que no necesito vuestro cerdo. ¿Quereis que os lo compre por fuerza?

— ¡Qué bueno sois y qué amable! Bendigo el instante que os encontré, generoso caballero. Os lo doy casi gratis; pero quien puede estar orgulloso es el pobre animalito que va á entrar en tan buena casa y á ser objeto del cariño de un noble inglés. Lo llevaré á vuestra casa, señor: ¿me dejará entrar el portero?

— Por vida mia que me gusta la broma, dijo el gentleman cediendo al importuno; me obligais á compraros lo que no necesito.

— El cielo os dé larga vida y prosperidades. Ven, pobrecito, ven á vivir con este noble caballero, y antes de poco tiempo no te reconocerás á tí mismo.

Y empezó á dirigir el animal hácia la casa con un aire de sencillez que hubiera engañado al mas astuto. Cuando llegó, el propietario que se habia adelantado por una senda que abreviaba el camino, decía á su mujer:

— Querida Adela, ven á ver la adquisicion que un irlandés me ha obligado á hacer; es el hombre mas necio y sencillo que he visto en mi vida.

La curiosidad de la mujer se excitó mas fácilmente que la de su esposo. Estaba con algunas señoras que habian ido á visitarla, y todas salieron á divertirse á expensas del irlandés.

— Jorge, preguntó Adela, el cerdo es tambien irlandés?

— No lo sé, pero cualquiera lo diria al verlo tan flaco.

— ¿Cómo os llamais, buen hombre? preguntó la señora al irlandés.

— Jhon Cornuffe, con perdon de vuestro honor, el mismo nombre que mi padre. ¿No te estarás quieto? añadió dirigiéndose al cerdo. ¿No ves que estoy de conversacion con la dama mas hermosa del universo?

— ¡Pobre hombre! no es tan salvaje como me figuraba.

— Ciertamente es mas *domesticado* de lo que me esperaba, añadió una de las señoras.

— ¿De dónde habeis sacado este animal? ¿cómo venis á venderlo tan lejos de vuestra casa?

— No está para vender, señora, respondió Phill eludiendo la primera pregunta. Este caballero, — Dios le bendiga y os le conserve, señora, qué bien ha sabido elegir mujer, y qué digno es de tenerla, rodeada de muchos y hermosos hijos! ¿y porqué no? ¿No han de ser hermosos sus hijos siendo los dos tan guapos y perfectos? — Este caballero me lo ha comprado por una libra.

— ¿Qué pensais de las irlandesas? volvió á preguntar Adela. ¿Os parecen mas bellas que las inglesas?

— Soy de parecer, señora, que en cuanto á hermosura, las irlandesas y las inglesas podrian desafiar á todas las mujeres del mundo.

— Tendria gusto de ver la Irlanda, exclamó una de las señoras. Dime Jhon, ¿cómo es que traeis un cerdo tan lejos de vuestra casa?

— Os lo diré, señorita; se lo traia á un hermano que tengo en esta tierra, pero como me olvidé completamente del nombre del pueblo donde vive, estaba con el pobre animal cuando encontré á este noble caballero y me lo compró.

— ¡Linda ocurrencia irlandesa! dijo una de las damas.

— Venid, Jhon, dijo el inglés, tomad el dinero. Una libra es mucho mas de lo que vale ese escualido animal.

— Vuestro Honor se dignará darme algo mas para refrescar. Así lo hacemos tambien en nuestro pais, señor.

— No, no os daré un penique mas.

— Lo decia, señor, porque no creo que permitireis que cambie la moneda, y porque no tengo para pagar esta noche la posada. Estaba pensando en mi mujer y en mis hijos, y quisiera llevarles la libra intacta.

— ¡Pobre hombre! dijo Adela; tiene buen corazon en medio de su miseria y su ignorancia.

— Tomad un chelin, dijo el inglés impaciente por desembarazarse de él, ya que demostrais tanto cariño por vuestra familia.

— Largos y felices años vivais con la vuestra, señor.

Despues de recibir el chelin, Phill se disponia á marchar cuando despues de mirar la moneda varias veces, se rascó la cabeza con ademán de estupidez, se dirigió hácia Adela y le dijo:

— Estoy leyendo, señora, en vuestra cara de cielo que no quereis que gaste el chelin que vuestro esposo me ha dado para el viaje, y que vais á mandar que me den de comer en la cocina. Tengo una hambre atroz, y lo hago por mi mujer y mis hijos. ¡Dios los ampare!

— Julia, dijo Adela, tened la bondad de decir á Simon que le dé de comer. Seguid á esta señorita, buen hombre.

— Dios recompense vuestra bondad, señora. ¿He de seguir á esta señorita tan linda?

— Sí, dijo Julia, seguidme.

— En otro tiempo, señorita, no hubiera podido probar bocado teniendo tan cerca una señorita tan graciosa como vos, pero los años, la mujer y los hijos quitaron el humor al que es pobre como vuestro humilde criado.

— Sois muy galante, Jhon.

— Cuando venimos aquí, los pobres irlandeses no sabemos sacarnos las palabras de la boca delante de señoritas tan hermosas.

Phill se vió pocos momentos despues en la cocina sentado delante de una buena provision de carne, pan y cerveza, de lo que hizo un consumo que admiró á los criados, y cuando hubo saciado su apetito, empezó á llenar con lo que quedaba su saco con el ademán mas inocente del mundo, diciendo:

— Es singular que tengais aquí la misma costumbre que en mi pais. Tambien nosotros damos á los viajeros todo lo que no puede comerse. Dios bendiga la costumbre porque es buena.

— Apenas hizo desaparecer las provisiones, cuando se puso á bostezar con todos los síntomas del cansancio.

— ¿Teneis alguna caballeriza donde pueda pasar la

noche? dijo al dueño de la casa. Tengo las piernas molidas y no puedo dar un paso.

El inglés accedió á su peticion y hasta mandó que le dieran el dia siguiente de almorzar; pero Phill habia desaparecido al amanecer y con él su inseparable compañero el cerdo. Antes de entrar en Irlanda lo vendió dos docenas de veces, y ambos llegaron á Liverpool muy satisfechos del viaje que acababan de hacer á Inglaterra.

La travesía de Liverpool á Dublin no era en la época en que vivia Phill tan cómoda como lo es desde la invencion del vapor. El dia que llegó el irlandés estaba para darse á la vela un buque mercante, y como el truan tenia prisa de salir de Inglaterra lo mas pronto posible, vendió efectivamente el cerdo, y fué á asegurarse del pasaje. Terminaba entonces el otoño, la estación en que numerosas cuadrillas de irlandeses emigran periódicamente para aliviar á Jhon Bull de su trabajo, y regresan á su pais donde les espera el cariño de su familia y la miseria.

Phill encontró al capitán en la mayor incertidumbre, porque además de treinta pasajeros de popa, quinientos irlandeses habian invadido la cubierta, y por mas que les decía que solo podia transportar doscientos cincuenta, ni uno solo queria desembarcar, y á todas sus súplicas y amenazas solo respondian con chistes y carcajadas. El desventurado capitán no sabia qué partido tomar y estaba rabiando de coraje.

— Capitán, le dijo un hombrecillo del Connaught, de exterior pícaro y malizano, ¿qué darais además del pasaje gratis al que os indicara un medio de desembarcaros de la mitad de los irlandeses.

— Le daria una corona, aguardiente y una buena comida. ¡Que me ahorquen si falto á mi palabra!

— Pues bien, yo puedo haceros ese servicio. Decidles que es preciso partir y haced ver que quereis llevarlos á todos. Pondreis á un lado á los de Munster y al otro á los de Connaught bajo pretexto de tener vuestra gente equi librada, y cuando estén separados, decidles: hijos míos, llevaré al lado que arroje al otro del buque.

El consejo gustó al capitán que se apresuró á ponerlo por obra. Batirse y ahorrarse el chelin que hubiera podido costarle un dia de retardo eran dos razones que equivalian á una á los ojos de un irlandés, y no tardaron en dar principio al combate. La lucha fué primeramente de palabras, pero luego llegaron á las manos, y de los puños pasaron á los palos y á los hoces y guadañas. El puente del buque empezaba á salpicarse de sangre cuando llegaron los policémas, pero estos dignos representantes de la autoridad merecieron tan poco respeto, que huyeron precipitadamente y aconsejaron á los magistrados que enviasen la fuerza armada.

Cuando esta llegó, todo estaba como una balsa de aceite: el Connaught habia triunfado del Munster, y el capitán se daba á la vela llevándose á los vencedores.

¿Quién no creerá que el irlandés es avaro al verle verter su sangre por un chelin? Y sin embargo, lo gastará en su patria bebiendo con el primer amigo que encuentre en la feria ó en el mercado. Así lo hizo Phill, mas prudente fuera de su pais que en su casa, en que le hubieran sido mas necesarios el trabajo y la sobriedad.

GREGORIO AMADO LARROSA.

Filosofía.

LEY DE RELACION INTERNA DE LAS CIENCIAS FILOSÓFICAS.

(Conclusion.)

Lo que realiza el hombre en conformidad con su naturaleza, es el bien, y cada bien particular realizado por el ser finito es una realizacion de la ley divina; porque fundando y determinando Dios en su ser toda esencia y toda existencia, todo bien es supremamente bien divino, bien fundado y querido por Dios. Así existe un ideal para la actividad moral del hombre, un ideal del bien, que debe ser el único objeto de su esfuerzo, la inesistente aspiracion de su ser finito.

La idea humanidad no se limita á la union individual de un cuerpo singular con un espíritu singular, sino que se eleva á la potencia, á la union del hombre con el hombre, ya en asociaciones personales ó permanentes ó transitorias.

El instinto lleva al hombre á la sociedad con sus semejantes, y la razon le dice que solo en sociedad puede cumplir su destino, y es la familia la primera sociedad humana, cuya ley determinante es el amor, que nace de la oposicion que existe entre la constitucion física é intelectual del hombre y de la mujer, destinadas á unirse y completarse mutuamente, desapareciendo aquellas oposiciones y desigualdades en la santa y amorosa armonia del matrimonio. Un conjunto de familias forma el pueblo; un conjunto de pueblos, la provincia; varias provincias, la nacion. La socialidad humana es la forma de su desenvolvimiento, para realizar el ideal de la vida, y fundar el mundo exterior de sus relaciones la ciencia del derecho, la política y la economia social, partes de la antropología, y cuyo fin comun es armonizar las partes con el todo.

A todas estas ciencias anima el mismo principio que hemos reconocido en las ciencias filosóficas, y en todas ellas encontramos los caracteres en aquellas señalados. La idea del derecho, fruto primero de la idea de Dios, y expresión de la justicia de Dios en la vida histórica de la humanidad, se asienta soberanamente en la idea armónica del ser humano; y la ley, la política y la administración que no sigan esa mística estrella de la vida humana, llamada como queráis, pero no serán ni ley, ni política, ni medida administrativa.

¿Qué es el derecho? Dios, como ser infinito y absoluto, funda en sí y ordena todo el organismo de los seres como su vida funda y ordena la vida de todos los seres. Los miembros interiores de la vida están respectivamente enlazados entre sí, y cada uno con el todo, en la unidad del ser y organismo viviente. De aquí la condicionalidad de cada uno respecto a los demás y al todo. Bajo el punto de vista del tiempo, los estados determinados de los seres vivientes están íntimamente enlazados entre sí, y cada uno con los demás y con el todo. Dios es, por lo tanto, la condición suprema, eterna y temporal juntamente, y preside en su justicia infinita al conjunto de los seres y a cada ser en particular, las condiciones sin las cuales el ser finito no podría cumplir su destino, da las condiciones en la vida. Y el conjunto de condiciones internas y externas que la humanidad da y recibe, dependientes de la libertad y necesarias para el cumplimiento del fin de la vida, es el derecho. El derecho es, por lo tanto, la condición de la realización del bien en la vida.

Si perdemos de vista la idea eterna del derecho, solo nos queda en la ciencia del derecho la voz positiva del legislador; y si lo negamos, la vida no tiene objeto, el hombre no ha venido aun, y nos sentiremos mudos é inermes en el lindero de la historia, contemplando abortos como se p trifica la sociedad, y esperando el advenimiento del hombre.

Si Dios quiere el derecho y lo realiza de una manera infinitamente determinada para todos los seres, existe un estado de derecho fundado en Dios. La ciencia que conociendo la idea del derecho, procura la organización de éste estado, como estado universal terreno ó histórico, es la que recibe el santo nombre de ciencia del derecho.

La parte de esta ciencia que partiendo de la sociedad, ya no del individuo, procura la organización del derecho en la relación del pueblo todo á las partes é individuos de este pueblo, es la política; y por último, la ciencia que estudiando la vida del hombre, enumera y justifica las necesidades procurando la armonía entre el derecho y las necesidades individuales con las necesidades sociales, se llama economía social.

Cada elemento de la naturaleza humana se desenvuelve en la sociedad y tiende á constituirse socialmente. Si hoy se desenvuelven en diferentes proporciones, debemos cuidar que bajo la tutela de los organismos ya existentes se constituyan los demás, sin caer ni en la separación absoluta, ni en la completa absorción de unos por otros, para que estos elementos se armonicen en la sociedad, como se armonizan en el hombre, todos con importancia proporcionada al fin que cumplen y al bien que prestan á los demás fines y á toda la sociedad. Que el Estado no domine á la Iglesia, ni la Iglesia sea señora del Estado, y que ni el Estado ni la Iglesia absorban las demás funciones sociales, ni se erijan en autoridad interna y directa en la ciencia, en el arte, en el comercio, en la industria ni en la libre sociabilidad, fuentes todas de fines y de bienes sociales permanentes.

Ciencias hermanas el derecho, la política y la economía, reciben su luz del mismo principio, y se encaminan al mismo fin. Consagrar los derechos del hombre para que cumpla su destino, extender su acción, facilitar el libre desarrollo de la actividad, son las piedras angulares en que descansan, y su importancia es muy alta y merecida, porque en sus manos está la válvula de seguridad de la civilización que *marcha á todo vapor*.

Sabemos que de la unión de la naturaleza con el espíritu se origina un ser de armonía, síntesis de todos los elementos del universo: que así como en el hombre hemos reconocido un ideal, lo encontramos asimismo en la humanidad que lo realiza por medio de la sociedad, lo que funda una ciencia, que ya con el nombre de filosofía de la historia, ya con el de biología, preocupa hoy á todos los espíritus. Producto de la unión de la naturaleza y del espíritu, la humanidad es una, y no abraza solo la humanidad terrestre, porque no podemos su oír que solo aquí se realice esta unión.

No son otras las leyes de la filosofía de la historia que las leyes generales de la vida: el ser recorre tres fases sucesivas en su movimiento ascendente: un período de unidad, que constituye su existencia embrionaria, en el que todos los órganos se encuentran envueltos y todavía indistintos; un período de variedad, que constituye la evolución progresiva y espontánea, en la cual los órganos aparecen á su vez, se oponen y crecen en repulsión y lucha frecuente hasta que el individuo adquiere todos los instrumentos para el cumplimiento de su fin; y por último, un período de armonía que constituye el florecimiento y plenitud madura de la vida, en el cual todos los órganos concurren con actividad diversa, pero con recíproca unión, á la unidad del objeto, á la realización de su esencia. La humanidad considerada bajo estas leyes generales, constituye el fondo de la filosofía de la historia, que nos muestra la historia como un desenvolvimiento del principio religioso, porque la idea de Dios es la fuerza que la impulsa, y el yunque en que se forjan sus instituciones. Así, en su

primera edad de germinación, vive el hombre en un estado instintivo, que le permite sentir las verdades religiosas, sin que su alma pueda desplegar otras alas que las de la oración: en su edad de crecimiento, se mueve con mayor libertad, y en sus tres días, en el panteísmo que engendra el despotismo de castas, y en sus pasos ulteriores que la llevan á las grandes escuelas griegas, depura la concepción primitiva, llevando á ella los nuevos elementos que se levantan de su espíritu, y poco despues completa y concluye el cristianismo aquel período de agitación y controversia, abriendo nuevos horizontes á la edad media en que pasa á creencia común la doctrina de un ser primitivo, superior y exterior al mundo, dueño y señor, y las instituciones se basan en aquella creencia y remedan en la tierra el soberano imperio de los cielos. Se presenta con el renacimiento una oposición que la filosofía se apresta á conciliar, pugnando por concebir á Dios como ser supremo moral y como fundamento sustancial del mundo y ley eterna de la historia. Aparece hoy el anuncio de la edad madura, y á nosotros toca perfeccionar las direcciones naturales, señalando las empresas necesarias para la humanidad, desenvolviendo las nociones del derecho y del deber, y encarnando la moral en todas las funciones sociales, y colocando en cada linde de una personalidad individual ó colectiva, la estatua sagrada é inviolable de su derecho, en tanto que los prodigios de la industria nos sirven para consolidar la alianza humana.

Todos concurrimos á esta obra: ninguna fuerza es inútil para la historia, que camina impulsada por leyes divinas: todos debemos beber en la idea de Dios la verdad y conocer la virtud, para que nuestra acción sea bastante á romper el valladar que el error opone á nuestro paso. El ideal humano marcha delante, y en tanto que distingamos esa columna de fuego que nos guía, ni el desaliento ni la duda anidarán en el espíritu del hombre.

Miembro de la filosofía de la historia es la historia pura, que estudia la manifestación de la vida humana en el tiempo, pero como hecho, y cuyo miembro más íntimo es la historia de la filosofía, que sigue paso á paso el desenvolvimiento del espíritu, en la razón y en el sistema de las leyes permanentes de los seres y del conocimiento humano.

Cuántas ciencias hemos considerado, son ciencias de seres, de objetos y de propiedades reales, que el espíritu puede abstraer del objeto y considerar como objetos intelectuales; pero todo ser ó objeto es cualificado por propiedades formales, en cuanto es numérico y está en relación y combinación numérica, en cuanto tiene magnitud, es extenso en el espacio, ó dura en el tiempo, ó se mueve en el espacio, según tiempo, ó es activo con fuerza determinada. Y aunque estas propiedades formales tienen su principal aplicación en los seres físicos, encuentran, señaladamente en las propiedades del número y de la relación y combinación de la fuerza intensiva ó energía y de la sucesión en el tiempo, su aplicación al espíritu y á su vida, y aun al infinito.

Las matemáticas estudian estas formas, y á ellas compete su aplicación; pero si las ciencias, llamadas exactas por excelencia, caminan separadas de los principios filosóficos, se convertirán en suma de observaciones y fórmulas rutinarias, porque faltará la realidad á los cálculos y combinaciones.

Considerando únicamente sus últimas conquistas, ¿cuál es la base del cálculo infinitesimal? Si la filosofía no nos enseñara que existen una diversidad de infinitos, que encierran todos un principio recíproco de limitación y medida, ¿podría existir semejante cálculo? No: porque la comparación solo es posible por el número. Admitase, por el contrario, la existencia de un solo infinito, y el cálculo infinitesimal será un absurdo. La falta de estudio de los principios fundamentales de las ciencias ha sido causa de que algunos matemáticos establezcan una falsa distinción entre el infinito metafísico, en el cual no conciben grado alguno, y el infinito geométrico, que comprende diferentes órdenes: otros por el contrario, sostienen que el infinito en la algoritmia no debe tomarse en rigorosa acepción: otros que el cálculo infinitesimal no es mas que un método aproximativo, útil, pero no infalible: en tanto que los mas, continuando la tradición materialista de la filosofía francesa del último siglo, intentan eliminar el infinito, sustituyendo la noción de límite y el cálculo de funciones.

Basta á mi propósito esta ligera indicación, para mostrar el enlace de todas las ciencias y la identidad de su principio con el que hemos reconocido en el ápice de la ciencia, y que es su alma y presta realidad á sus procedimientos.

Las propiedades consideradas por las matemáticas deben, por lo tanto, en la primera parte de la ciencia, ser deducidas de la metafísica, enlazando así las ciencias exactas con las filosóficas. Las propiedades reconocidas en las matemáticas racionales, fundan otras tantas ciencias formales, que se comprenden bajo la denominación general de matemáticas. La *aritmética racional* estudia el número y sus propiedades, y parte y se apoya en la variedad surelación armónica: la *cronología*, que observa la variación de los seres en el tiempo; la *mecánica racional*, que estudia las fuerzas, deduciendo su noción de la biología; la *dinámica*, que observa el movimiento, basando su estudio en los datos que ofrece la mecánica racional; y por último, la *geometría*, que estudia la noción de espacio.

No es necesaria mayor demostración para probar la verdad de nuestro aserto; pero si se cree que solo la filosofía del cálculo es terreno propio para nuestras demostraciones, considerando las nociones primeras de la

geometría, fundanse en nuevas pruebas nuestros raciocinios.

Considerando la definición de la línea recta, vemos que no hay ni sombra de la cualidad de ser recto, considerado en sí mismo. Por el contrario, si atendemos á que la identidad es la idea primera que encontramos en el ser, se nos alcanza muy luego que la « identidad de dirección en el espacio » es la línea recta, puesto que línea es dirección en el espacio. Aplicando la segunda idea reconocida en el ser, la diversidad, consideraremos la línea curva como « la diversidad continua de dirección en el espacio. » No sería difícil, siguiendo este método, construir racionalmente las verdades geométricas, como es hacedero construir las ciencias matemáticas en general. Un gran pensador ha realizado este trabajo, prestando á las ciencias matemáticas el fundamento que habian olvidado desde los días de Newton y Leibnitz, demostrando asimismo que la progresión de las formas geométricas sigue paso á paso la progresión de los seres, y en particular en la teoría de las curvas se reproducen geométicamente con el mismo orden con que las produce en sus formaciones sucesivas la naturaleza.

Esta verdad enlaza las ciencias naturales á las matemáticas, y ya el insigne naturalista Carus, estudiando la osteología bajo la idea de sus relaciones geométricas, demuestra el paso de lo simple á lo compuesto, y la reunión definitiva de todas las formas superiores en el esqueleto humano.

En su progreso las ciencias nos ofrecen claras señales de la verdad que hoy sostenemos; las ciencias todas se reúnen y agrupan bajo el mismo principio, y se subordinan á idéntica ley, lo que anima su crecimiento para que sean la exacta expresión de la realidad del universo.

Podemos ya conocer que es en efecto la filosofía la ciencia de las leyes y propiedades permanentes de los seres, y podemos ya comprender, como del estado de pura abstracción en que se la consideró en otros días, partiendo del Yo (1), se apoya hoy en un principio real, que es asimismo el criterio y ley de todo conocimiento, desde el cual, como desde las alturas, domina todas las esferas de la vida, lloviendo por do quiera los gérmenes fecundos de sus enseñanzas, que deben, mas tarde ó mas temprano, asentar sobre sólidas bases las instituciones sociales, y verter en el espíritu del hombre la luz que ansia, la verdad que ama, y erigir en deidad soberana la virtud que duerme en su conciencia, para que huyan las tinieblas y alumbré la clarísima luz de la razón.

Pero la filosofía, para que su influencia sea la requerida, no desatiende la indagación filosófica de los siglos pasados, sino que con piadosa solicitud recoge la herencia de las escuelas que fueron; estudia y ordena sus principios, y el *nosce te ipsum* vivificado por Sócrates, engrandecido por Platon, ley moral en otros siglos, erigido en principio de la ciencia por Descartes, en punto de partida por Kant, en unidad suprema por Fichte, ha venido á ser la base de la inducción y la ciencia subje-

(1) Se ha exagerado en la estima y en la censura esta percepción pura inmediata del espíritu por sí mismo, bajo el nombre Yo. Ya es tiempo de juzgar en su verdadero valor este término y centro subjetivo (no absoluto) de la intuición filosófica. El Yo humano apareció en la conciencia filosófica como un centro más íntimo de la reflexión intelectual, animándola de un nuevo espíritu, y con una más regular y más fecunda vida: el Yo humano, voz obligada y unitaria de toda nuestra individualidad, ha disipado del mundo filosófico las sombras de los conceptos abstractos y de vano y mutable sentido, que han oscurecido durante siglos esta primera región del espíritu, y la han revuelto cada uno á su vez y en su tiempo en una desesperada anarquía, cual diciendo: el Yo hombre es átomo material; cual otro: el Yo hombre es espíritu sin cuerpo real; este afirmando: el Yo hombre es nada; aquel otro sosteniendo: el Yo hombre es todo; ninguno reconociendo *Yo soy Yo* en Dios y en verdad. El Yo humano, reconocido en su inmediata é ingénita evidencia, ha sujetado á disciplina la pasada arbitrariedad intelectual; ha dado norma y trazado un límite á la voluntariedad de las opiniones filosóficas y á las invasiones de la historia en el campo de la filosofía; porque en esta esfera y á la luz de esta verdad inmediata, no vale el testimonio ageno, ni vale el tiempo, sino la percepción inmediata, para observar la razón, para deducir, inducir y construir. El Yo humano, percibido con vista inmediata, clara, intelectual, superior á la concepción ideal y á la representación sensible, ha levantado el espíritu sobre la filosofía secular, abstracta y discursiva á que se entregó en cuerpo y alma el siglo XVIII, y ha conquistado con un pie en la tierra y en lo finito, la entrada en el mundo infinito de las ideas, en la contemplación racional de Dios. El Yo humano, presentado por el espíritu social de nuestro siglo bajo las normas y fórmulas morales: « sé digno de tí mismo, concéte á tí mismo, » ha dado también una base, un compás y regulador cierto, cuando cabe en lo finito, á la vida histórica de hombres y pueblos, y ha acercado, mas que nunca lo estuvo, la moral humana á la moral religiosa, sin confundir ni anular aquella en esta, como el Yo no se confunde ni anula en Dios, y ha mostrado con evidencia, que para llegar á Dios hemos de pasar por nosotros, que para merecer ante Dios, hemos de comenzar por ser dignos de nosotros mismos, de la naturaleza inmediata constitutiva en que Dios nos ha creado. El Yo humano nos ofrece un preciso temperamento entre lo finito y lo infinito, que nos asegura contra el panteísmo histórico-religioso en que el hombre renegaba de sí mismo y de su ser inmediato para perderse y embriagarse en Dios. Esta y las semejantes conquistas de la inteligencia en nuestro siglo (que conquistas son las percepciones más claras y las demostraciones de la verdad), no vencen hombres, vencen errores y disipan oscuridades; no imponen leyes con la fuerza, sino que fundan convenciones con la razón; no hieren el árbol de la vida, sino que le allegan nuevos ingertos que afinan la savia y dulcifican los frutos; porque las conquistas materiales vienen de la fuerza, las conquistas intelectuales vienen de Dios mediante la razón universal.



El pescador dejando á su familia sus vestidos de fiesta y sus joyas antes de subir á bordo.

nuevos mundos, comunicándoles las señales, advirtiéndoles los escollos y las simas, y recogiendo despues los materiales que aquellas elaboran, levanta el templo de la ciencia, para que el espíritu, contemplando sus maravillas, renazca en sí mismo, y con mayores fuerzas continúe la realizacion del fin, que lleva escrito en el fondo de su ser, y que es el objeto de su existencia.

No basta designar al hombre su estrella, y llenar su alma con los encantos de lo futuro: la filosofía lo conoce así, y colocándose en la vida como medicina humana, arranca del entendimiento el error, mata en el corazón el hervir de las pasiones mezquinas, que con su febril agitacion encubren los abismos, y puebla con verdades morales la inteligencia, el corazón con las máximas de los deberes, convierte el egoismo en sacrificio, el odio en tiernísimo amor, resucitando al espíritu y sacándolo del antro del sepulcro en que yacia, lo anima con su soplo, que es mansa brisa, hálito creador de vida eterna. Elemento muy principal de educacion en la vida hu-

mana, la filosofía, atenta á todos los dolores y á todos los problemas, da consuelos y ofrece soluciones, tendiendo á que los seres, las instituciones, las ideas y los propósitos broten en la humanidad y en el hombre al contacto de la idea divina, deseosa de que todos los pueblos saluden á Dios con el mismo himno, y sean todas las conciencias sagrados templos, en los que se rinda adoracion á Dios, al ser absoluto é infinito, personal y eterno.

F. DE P. CANALEJAS.

Los pescadores de Dunkerque.

Todos los años á principios de abril sale de Dunkerque una flotilla para la pesca del bacalao en las costas de Islandia, suceso que anima esa poblacion durante algunos dias, y produce escenas de interior en las familias de los pescadores, que no porque se renueven anualmente dejan de tener siempre un alto interés en su humilde esfera. En nuestro primer dibujo se representa á las mujeres de los pescadores sumergidas en la afliccion, despojando á sus maridos de los objetos menudos y preciosos que les serian inútiles en la travesía.



El pescador bendiciendo á sus hijos en el momento de su embarque.

tiva, con certeza inmediata, y fidelísimo y claro reflejo de la unidad absoluta de Dios. Señora de su pasado, ensanchando los horizontes todos del espíritu, convirtiendo en fértiles las tendencias estériles, conciliando las antítesis enemigas en síntesis armónicas, crece su vista, descubre su mirada el porvenir, y atraída por el ideal, que descubre entre las brumas de lo futuro, reparte al hombre al pan de la vida, para que no desmaye en la santa cruzada en pos de la Jerusalem divina (1).

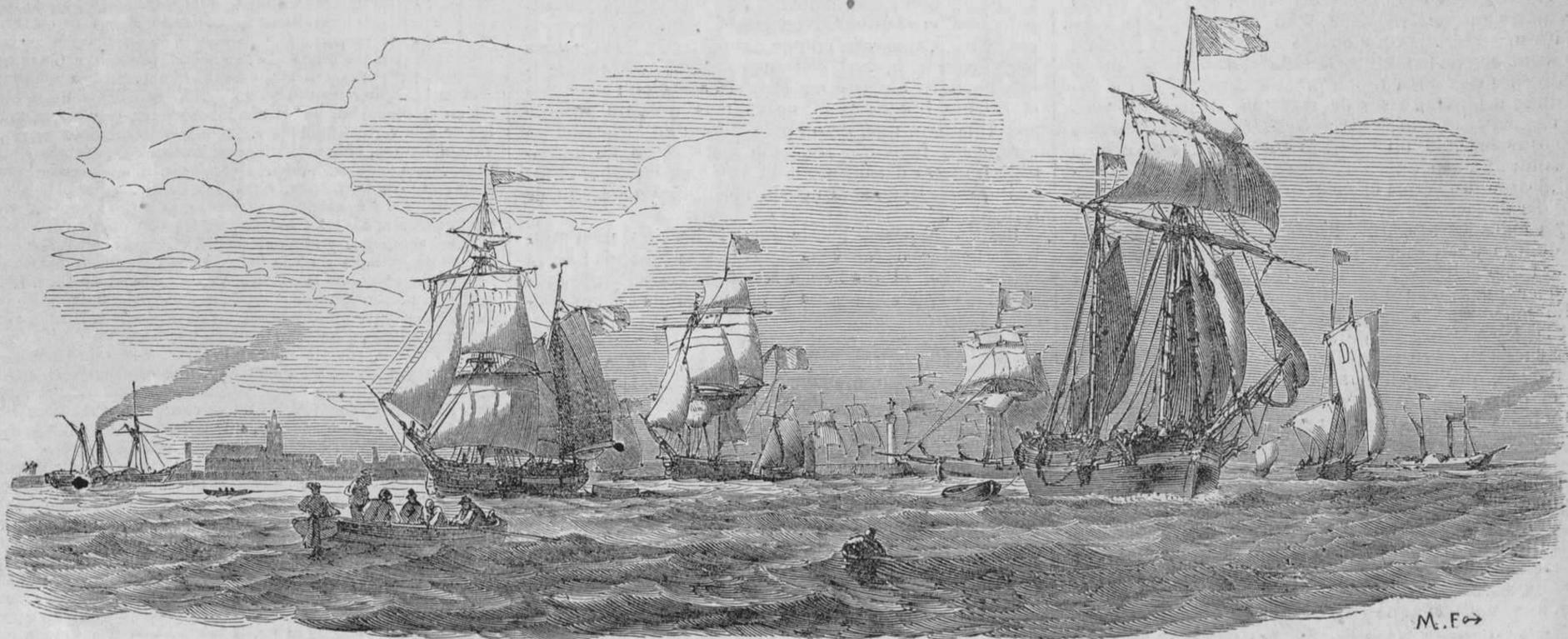
Vigia del espíritu, mira con cuidado las ciencias que surgen del espíritu; y como caravana de dioses, marcha en el centro de la humanidad, dándoles luz y la ambrosía eterna que debe sostenerlas, el principio único y absoluto, borrando de su frente la huella que estampó el error que ella padeciera en lo pasado, y les señala

(1) Aprovecho esta ocasion para rendir el eterno tributo de mi agradecimiento á mis dignos maestros don José Amador de los Rios, don Julian Sanz del Rio, don Isaac Nuñez Arenas, don Antonio García Blanco, don Alfredo Adolfo Camus, don Fernando de Castro y don Saturnino Lozano, á los cuales soy deudor, no solo de los escasos conocimientos que poseo, sino de continuos consejos y advertencias para mis estudios. Mi única ambicion es, que siempre me consideren como su discípulo; por mi parte, procuraré conservar título tan querido de mi corazón y que tanto me enaltece.

El reloj al pasar á manos de la esposa desolada, la servirá para contar los minutos que debe estar separada de su marido. También le toma el anillo de oro, recuerdo de sus bodas, que las olas del mar, la nueva compañera del marino, podría tener la tentacion de arrebatárselo.

En la segunda lámina el marino está echando la bendicion á sus pequeñuelos. ¡Pobre padre! ¿Quién sabe efectivamente si volverá al seno de su familia? ¿Quién sabe si este no será su último viaje? ¿Cuántos como él han desaparecido para siempre en las brumas de ese Océano en cuyas olas va á buscar su pan? Esa bendicion es quizá la esperanza del regreso; pero es tan melancólica como una despedida. Un poco mas allá el Océano terrible le espera; la costa es fatal, tendrá que salvar los arrecifes, evitar las corrientes, luchar contra la tormenta, y quizá disputar su vida al naufragio. ¡Pobre padre! su bendicion casi recae sobre unos huérfanos.

El último dibujo representa la salida: cuadro bien animado; el mar parece estar alegre, el sol le sonríe. Es un espectáculo que logra atraer todos los años un crecido número de curiosos, que suelen esperar muchas horas para que un viento favorable haga salir á los buques aparejados desde la víspera.



La flotilla de los buques destinados á la pesca del bacalao saliendo del puerto de Dunkerque.